

ANT
XIX
1274/7

BIBLIOTECA DE LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS
CONTEMPORÁNEAS.

POR

CASTELAR.

TOMO X.—Octubre, 1871.

Rossini y Hertzgen.

HABANA.

Imprenta—LA PROPAGANDA LITERARIA—Librería.

-1872.-

BIBLIOTECA
DE
LA PROPAGANDA LITERARIA.

R-41.045



SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

HABANA.

Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria.

CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.

—1872.—

Esta obra es propiedad de "*La Propaganda Literaria.*"

HABANA.—1872.



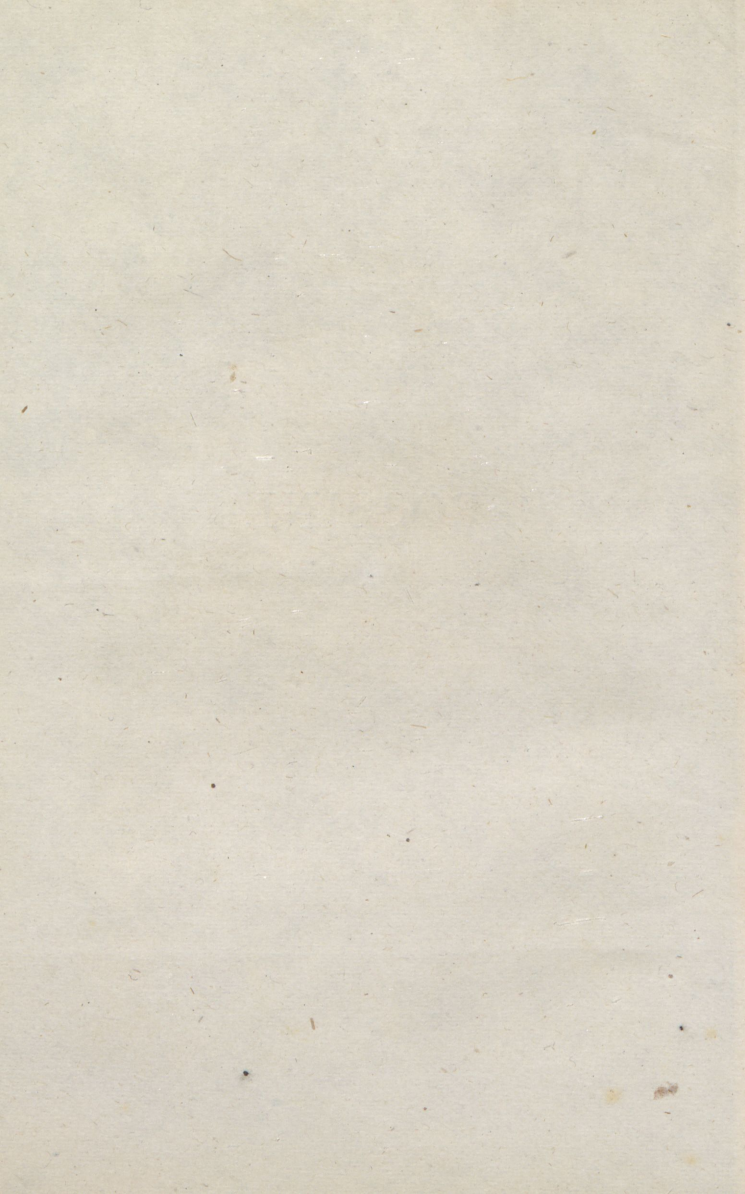
R. Dudensing. N.Y.

G. ROSSINI.

Habana PROPAGANDA LITERARIA Editor

1872

ROSSINI.



ROSSINI.

Hace sesenta años que Rossini tiene el privilegio de arrebar á Europa con su música. Puede decirse que con Byron, con Goethe, con Schiller, es una de las cariátides sobre cuyas frentes descansa la gloria de este siglo. No es Rossini de los músicos que sólo tienen una nota, ora alegre, ora plañidera, nó: es un génio universal. El ha hecho reir ó llorar á su arbitrio á toda Europa. El la ha elevado hasta lo sublime en la plegaria del *Moisés*, ó la ha bajado hasta lo grotesco en *La Italiana en Argel*. El ha recorrido todas las escalas del arte. Si le pedís instrumentacion, acordaos de la sinfonía de la *Semíramis*; si melodías, acordaos de la serenata del *Barbero* ó de la canción del sáuce de Desdémona, si armonías inconcebibles,

acordaos de aquel *Guillermo Tell*, donde el protagonista es el coro, como en Suiza es el pueblo. Y no sólo tiene todos los caracteres de la música, sino que tiene todos los géneros. Cuando querais reir, sentir los estremecimientos de una grande alegría, respirar en los aires esa especie de gas sardónico, que provoca á la hilaridad, oid la cancion de Papatache, ó el aria de Fígaro acompañada por la guitarra; cuando querais llorar, estremeceros como si escuchárais la voz de Hamlet ó el gemido de Prometeo, oid aquel final del *Otelo*, aquella mezcla de cantos melancólicos y tiernos, escapados al pecho de la mártir veneciana, y aquellos gritos salvajes, escapados al pecho del africano; si quereis sentir el ardor guerrero, el fuego del combate, el deseo de sacrificaros por estas dos grandes ideas que se llaman la libertad y la pátria, oid el terceto de *Guillermo Tell*; y cuando, disgustados del mundo, en esos instantes de invocacion á la muerte que hay en toda vida, querais convertir los ojos á la eternidad, entonad la plegaria del *Moisés*, y sentireis los hemistiquios de la Biblia, la voz del pueblo escogido, los ecos de las olas del Mar Rojo mezclados con los ecos de las cumbres del Sinaí, y la palabra de Dios tronando tan sublime como una tempestad infinita sobre todo el Universo. Parece que el hadá de la armonía es madre de Rossini. Y nadie diria sino que lo parió cuando Dios templaba el órgano inmenso de las esferas, que tiene por registros las estrellas. Suelen echarle en cara algunos críticos que pone á sus

obras columnas salomónicas, arabescos, adornos gongorinos, exceso de follaje. Pero es preciso no olvidar que Rossini representa una revolucion en la música, y que toda revolucion tiene, hasta en la esfera del arte, sus excesos. La música antigua era demasiado sencilla, y precisaba darle variedad. Pero cuando Rossini quiere ser sencillito, es tan sencillito como Bellini; cuando quiere ser natural, es tan natural como Weber. Ha puesto en música uno de los tercetos del Dante, y aquella música alcanza un grado verdaderamente sublime. Un hombre que ha innovado en arte tal como la música, y ha conmovido á varias generaciones, y ha apasionado todo un siglo, es uno de esos hombres que levantan su frente iluminada sobre el vulgo de los mortales. Cuando tan pocos grandes hombres quedan sobre la hoy estéril Europa, nada más natural que el deseo de apretar la mano á uno de ellos, á uno de los más extraordinarios. Naturalmente, como se habia hablado tanto en Paris del aniversario de Rossini, hallándome yo en la gran ciudad, fuí á visitarlo. Perdonadme mi inmodestia; pero, dicho sea en loor de esta sociedad parisiense, y no en loor mio, todas las puertas se me han abierto, y en todas partes he hallado una estima igual por el carácter de nuestra raza y por las glorias de nuestra nacion. La casa del maestro no podía estar para mí cerrada. Reina en ella gran modestia. Unos la atribuyen á la naturalidad propia del génio, á sus costumbres sencillas. Otros la atribuyen á avaricia de

Madama Rossini. Hay quien le trata á él mismo de avaro. Cuentan los chuscos parisienses que en la guerra italiana, como le pidieran patrióticos dones en aras de la independencia nacional, regaló Rossini dos jâmelgos. Dicen que una noche estaban varios de sus amigos en sus numerosas reuniones. Los asistentes eran muchos en número; y el calor insufrible en su intensidad. Gustavo Doré respiraba fuertemente como un caballo cansado.—¿Qué tienes? le dijo el maestro.—Mucho calor, le contestó el dibujante.—Pues asómate á la ventana.—Además, tengo mucha sed, añadió Doré.—Pues mira, le dijo Rossini, en el cuarto bajo hay un café.

Cuando yo le ví, el maestro estaba en gabinete de sencillo aspecto. A su izquierda entraba la luz por una gran ventana; á su derecha habia una cama cubierta de damasco anaranjado; á sus espaldas un piano muy viejo, de donde habrán salido esas notas que han arrebatado al mundo; delante de su sillón, en el que siempre se mantiene sentado, pues le flaquean algo las piernas, una mesa redonda llena de libros. En las manos tenia un papel de música donde iba escribiendo puntitos que significaban la instrumentacion de su misa, y á los piés multitud de empolvadas botellas que acababa de enviarle, llenas de un ron poco músico, segun lo enemigo que suele ser de las gargantas, cierta dama de allende el Atlántico. Rossini tiene una gran cualidad; no cree que el génio debe estar siempre en las tablas, iluminado por las candile-

jas y realzado por las decoraciones. No cree Rossini que un grande hombre debe estar frio, rígido, tieso, inmóvil, bien plantado, como su estatua. Rossini cree que en la vida vulgar el génio debe ser vulgar como los demás hombres. Cierta mañana entraba en su alcoba un cardenal admirador suyo, tan impaciente por darle la enhorabuena en uno de sus innumerables triunfos, que ni siquiera le dejó levantarse y vestirse. "Salud, dijo, al génio extraordinario, al hombre que más sirve para expresar las melodías." Rossini, sin dejarle acabar su frase, le contestó: "No lo creais, Monseñor, sirvo más para modelo de escultura." Y tiró la sábana.

Admirable es en Rossini la naturalidad. Me pareció la frente ancha y abultada como urna de la cual fluyera bullicioso raudal; los ojos vivos, chispeantes, pequeños; los labios, contraídos por una inteligente y burlesca sonrisa; la cabeza, á pesar de hallarse oculta bajo la peluca, modelada para la idealidad y para la benevolencia. Me acompañaba una distinguida dama portuguesa, de un gran talento y de una grande amistad hacia Rossini.—¡Qué rico Oporto me habeis enviado! la dijo, despues de cambiar todos los cumplidos de ordenanza.—Poco puede valer mi vino si se compara con el que recibís de los reyes.—En verdad, me ha enviado vuestro rey una caja de botellas y una composicion de música suya; pero es mejor vuestro vino que el del rey mismo.—Os presentaré, maestro, le dijo la señora, una sobrina que es dama de honor de la

reina Pia, á la cual acompaña en la Exposicion. Mi sobrina es la jóven más hermosa de Portugal.—Magnífico, la enamoraré.—Me felicito, maestro, díjele yo, de veros siempre jóven.—¡Ah! He tenido una horrible pesadumbre. El otro dia ha dicho un periódico que había cumplido setenta y nueve años. Sólo tengo setenta y seis, y es bastante. Me dió tres años más. Si me los hubiera dado de ménos, le mando en accion de gracias una tarjeta.—¿Qué os importa el tiempo á vos, que poseeis la inmortalidad?—¡La inmortalidad! Es una palabra que nunca he comprendido. Yo doy toda mi inmortalidad por un pavo trufado.—Me parece advertir en vuestra sonrisa que no creéis lo que estais diciendo. Además, nos pasa á todos que no estimamos aquello que poseemos. ¿Qué mucho que vos no estimeis la inmortalidad?—Dejé de escribir muy jóven, y desde entónces, como todos me han visto retirado, todos me han tenido por viejo.—Ya hace años que pasásteis por España, para la cual compusísteis el *Stabat Mater*.—Lo compuse á ruegos del Comisario de Cruzada Varela. Sus ruegos eran tanto más atendibles cuanto que provenían de un moribundo. Mandéle el *Stabat Mater* con la condicion de cantarlo solamente en su capilla y de no publicarlo nunca.—¿Por qué?—Porque Pergolesso compuso uno que es la belleza completa, la perfeccion absoluta, y no queria yo que se me creyese capaz de caer en la demencia de competir con Pergolesso. Luego los testamentarios lo publicaron. Yo no queria ni

oirlo.—¡Qué bella música la música popular española! ¿No es verdad?—No conozco nada que le aventaje en el mundo, me dijo Rossini. Vosotros sois los músicos de la serenata, y la serenata es la poesía vaga y el amor añadidos á la música. Las canciones andaluzas son de una melodía dulcísima y de una letra por lo general tan bella como la melodía. Y Rossini, que tenía conmigo toda esta conversacion en francés, recitó con puro acento español la siguiente cancion nuestra:

Suspiros que de mí salgan
y otros que de tí vendrán,
si en el camino se encuentran
¡qué de cosas se dirán!

—Admirable, admirable! grité profundamente conmovido. Atended, maestro. Hace dos años me encontraba yo por el mes de Agosto en la Alhambra de Granada. Eran las doce de la noche. Las luces del Albaicin se apagaban, y la campana de la Vela enviaba sus misteriosos y agudos sonidos desde el pardo torreón á la dormida vega. La luna era tan clara, que á sus reflejos brillaba el Darro como si la vía láctea hubiera dejado caer una de sus cintas de luz sobre la tierra; y se dibujaban los contornos de los pinos del Monte Sacro, y hasta se veía el blanco cenador del Generalife, levantando sus orientales agimeces sobre los bosques de mirto y laurel, á los piés de Sierra Nevada. Todo parecía dormido. Sólo se oía la vibracion de algun grillo, esa especie de violin de los cam-

pos. En medio de aquel silencio, sonó una voz de mujer tan dulce y tan melancólica, que parecía salir de las torres bermejas y expresar la desesperacion de alguna cautiva cristana, presa en el corazon de un moro, y del cual se despedia con estos tristes acentos:

Por tí me olvidé de Dios,
por tí la gloria perdí,
y ahora me voy á quedar
sin Dios, sin gloria y sin tí.

—Bellísimo, bellísimo! dijo el maestro. Yo he saboreado mucho la música española. García, el padre de la Malibran, mi amigo del alma, cogía la guitarra, y rasgaba sus cuerdas con tal arte y tal calor, que parecía tocar en las cuerdas de mi corazon. No sirve el piano para acompañar canciones andaluzas. A su lado, apoyando una mano sobre la silla donde estaba sentado su padre, se ponía de pié la Malibran y lanzaba á un mismo tiempo, con aquella clarísima pronunciacion y aquella voz divina, canciones de tan melancólico tinte y de tan melodiosa cadencia, que creíamos ver, ó una mujer de la Biblia entonando cánticos religiosos á orillas de los torrentes de Palestina, ó una gitana árabe llamando á su amado ó meciendo á su niño en la soledad del desierto.—Es verdad, yo he comparado siempre la melodía de las canciones españolas con el grito del simoun al estrellarse en la arena ó con el eco de las olas al morir en las sonoras playas.—De este culto, dijo Rossini, que yo tengo por la música española, y de esta amistad de García,

hay algunos recuerdos en el *Barbero*.—Yo conocí que á pesar de su olímpica serenidad, y de su indiferencia casi celeste, á pesar de ese carácter insensible que han querido prestar á Rossini aquellos que no conciben el artista sino muriendo de melancolía, como Bellini, ó de locura, como Donnizeti, el gran músico se conmovía con estos recuerdos, y sin mudar de asunto, mudé gradualmente de conversacion.—También yo me acuerdo con una grande emocion de haber oido cantar admirablemente una de vuestras más bellas óperas, el *Otello*, á la Frezzollini. ¡Qué sentimiento! ¡Qué inteligencia! ¡Qué hermosura! ¡Qué voz!—Yo la oí también, dijo Rossini, muchas veces ántes de casarse, y os confieso que era la voz más bella de toda Europa.—La Alboni y la Frezzollini inauguraron el teatro Real de Madrid.—Tengo oido, añadió Rossini, que es muy superior á los teatros de Francia y aún de Italia.—En la época de que os hablo no tenía rival. La Alboni y la Frezzollini brillaban á la sazón como dos astros de primera magnitud en el cielo del arte.—Y las dos han sido bien desgraciadas. La Alboni pasa su vida en una viudez anticipada; su marido se ha vuelto loco. La Frezzollini vive en la miseria, y vá errante por los teatros de tercer orden de Italia. Todo el dinero que ganó se lo envió á su padre, sin pedirle ni cuenta ni recibos. El padre lo empleó en viñas de Orvietto. Pero tenia muchos hijos, y los ahorros de la Frezzollini se han repartido entre todos á la muerte del padre, que no se

cuidó de decir en su testamento á quién pertenecía de hecho y de derecho aquella fortuna.—¡Pobre! No puedo recordarla sin conmovirme, porque su voz abrió mi alma al culto por la música.—Pues ha perdido completamente esa voz, añadió Rossini.—Maestro, no me extraña. Veo á todas las primas donnas de más celebridad quedarse sin voz muy jóvenes. Yo lo atribuyo al pésimo género de canto que ha traído Verdi, á su manía de desgarrar las gargantas, estirándolas, digámoslo así, en una *tessitura* imposible, á sus *allegros*, capaces de fatigar á las locomotoras, á sus acompañamientos de trompas, tambores, fraguas, campanas, serpentones, que destruyen la voz humana, instrumento, como el cristal, sonoro, pero como el cristal, frágil. Rossini se echó á reir fuertemente al oir la pasión con que yo anatematizaba á Verdi, y sin querer apoyarla, ántes combatiéndola, me dió á entender que no tenía una idea muy alta del maestro á la moda.—Verdi es un buen muchacho, me dijo, aunque un poco rudo de carácter. Segun lo que se retira de la sociedad, parece salvaje. Tiene muchísimo talento. Pero ama los éxitos ruidosos, los dramas terroríficos. Lo terrible tiene para él una atracción singular. Cuando vino de Madrid últimamente, estaba muy ufano con el éxito de *La Forza del Destino*. Yo le pregunté si era verdad que morían todos los personajes en el último acto.—No lo creais, maestro, me dijo: no mueren más que cinco.—¿Cinco, hijo mio? le dije yo, pues en este último acto mueren actores á granel. Te

deseo tan buena cacería cuando vayas á matar codornices. Detesto esos horrores. No me gustan muertes en el teatro. Cuando me dieron el argumento del *Otello*, yo no queria ponerlo en música, porque mueren dos personajes. Nó, no quiero los muertos, porque los muertos no cantan. Yo, al oir tantas gracias, sales dichas con una serenidad tan olímpica, reía á carcajadas. Entraron en esto algunas visitas. Estreché la mano del maestro, y me fuí satisfecho de haber visto lo que vá ya siendo raro en este siglo de nivelacion intelectual, un grande hombre.

Al salir no pude ahuyentar las ideas que me asaltaban. Hé ahí una gloria verdadera; hé ahí un hombre que ha tocado con la mano en la inmortalidad. ¿Por qué aquellas grandes naturalezas artísticas de principios del siglo, Byron, Bethoven, Goethe, Rossini, al fin del siglo no se reproducen? Y me respondí con la siguiente tristísima respuesta: En las amargas realidades, donde nos hundimos todos los días, ¿qué sería de nosotros sin ideal, sin ese modelo de perfeccion á que ajustar la conciencia y la vida? Yo he creido siempre en el ideal; yo lo he visto lucir sobre todas nuestras espesas sombras y todas nuestras grandes tristezas. Yo tengo, sí, tengo absoluta confianza en el derecho; y creo que la humanidad lleva el ideal como una luminosa estrella en su frente. El cuadro, la estatua, el monumento, la música, la oda, la obra filosófica, la accion moral, son como gradas para acercarnos á ese ideal, firme en medio de las indecisiones

de la vida y de la ondulacion continúa de los tiempos; á ese ideal que brilla sobre todos los errores, como el sol sobre todas las nubes. Una sociedad sin ideal es una casa de locos ó una madriguera de tigres. Un siglo sin ideal vé pasar sus dias como una procesion de sombras. Los espíritus sin ideal se desconciertan y se desvanecen, como se desconcertaría el sistema planetario sin atraccion. Mas para tener ideal, para tener un mundo que sea como el cielo de las inteligencias, se necesita merecerlo. El siglo que no cree, que no trabaja, que no ama, que no espera, es un siglo estéril, una onda de hiel que se pierde en la eternidad, un vapor mefítico que se disipa en la nada. Generaciones de grandes trabajadores son las generaciones creyentes, las generaciones mártires. El ideal cambia; para unos siglos está en Asia, y es el sepulcro de un Dios; para otros siglos está en América, y es la cuna de un pueblo; mas para todos debe existir como el móvil de las acciones, como la norma de la vida, como la corona centellante del espíritu; porque para todos debe existir algo que invocar, algo que creer, algo que esperar en las angustias del dolor, en los esfuerzos del trabajo, en las penalidades de la lucha, en las tristes asperezas de la vida.

Me hallo en la capital del mundo. Si el mundo tiene alguna idea, aquí está el cerebro. Si el mundo tiene algunas gotas de sangre, aquí está el corazon. Si el mundo tiene algun ideal, aquí está su asiento, aquí su tabernáculo. Y lo tiene ¡oh! no lo dudeis.

¿Pues qué, había de ser nuestro planeta como una nave sin lastre, sin velas, sin timon, corriendo á merced de un huracan infinito en el inmenso oceano del espacio y llevando algunos navegantes, presa de una fiebre, de un delirio, de una demencia? Yo no lo puedo creer. En el fondo de aquella Asia que parecía absorbida en el panteismo materialista, en el sueño magnético de un delirio místico, se encontró la religion de la humanidad. En el fondo de aquella Grecia, que parecía un ánfora cincelada para contener sólo el vino perfumado de los placeres, se encontró el arte y la filosofía de la humanidad. En el fondo de aquel Capitolio, que parecía levantado para ser sólo una cárcel, estaba el derecho de la humanidad. Es imposible que no haya nada en el fondo de un siglo que ha centuplicado las fuerzas humanas con el vapor, que ha invertido el rayo en conductor de su palabra, que ha pesado los astros, que ha descompuesto hasta el aire en nuevos elementos, y que se gloria de ser el heredero de todos los progresos pasados y en trabajar por los progresos futuros.

Pues bien: busquemos el ideal del siglo en la ciudad del siglo. Si la ciencia lo tiene, debe estar en la Universidad. Si la Universidad lo tiene, debe estar en su cátedra de filosofía. Entremos. Yo creí que la Sorbona era un monumento grande, espacioso, que se levanta en la desembocadura del barrio latino sobre la orilla izquierda del Sena. Pero me engañé. Aquello es un cuartel, uno de esos magníficos cuarteles que

tanto llamaron la atencion del Emperador de Austria. La Universidad es un edificio viejo, oscuro, triste, estrecho, sin ninguna apariencia monumental, sin ninguna majestad; una mezcla informe de cárcel y de convento. ¡Cómo las instituciones se envejecen! Cuando en el siglo décimo-tercio surgía este edificio humildemente, surgía como una esperanza, como una luz donde venia á esclarecerse el espíritu, como un fuego donde venia á calentarse la vida. La teología era casi toda la ciencia. Santo Tomás la habia profesado en Paris, y el Dante le habia oido. Toda la filosofía y todo el arte de la cristiandad en aquel tiempo han pasado por estas piedras. Me parecia ver á Santo Tomás enseñando sus cinco pruebas de la existencia de Dios; la necesidad de un motor que impulse los mundos en su carrera, de una causa absoluta de la cual se deriven las causas segundas, de una perfeccion infinita á la cual se acerquen las perfecciones relativas, de un creador que haya ordenado intelectualmente, en un plan eterno, las armonías del Universo. Parecíame que el Dante, triste, torvo, con las últimas sombras del terror feudal en las sienes, los ojos vagos y errantes como llenos de visiones siniestras, recogía aquellas ideas, y las expresaba en marmóreos tercetos, para repartir la comunión del espíritu á las muchedumbres y á los pueblos. Entré; entré, pues, buscando el pan del alma de este siglo. Pero ¿qué oí? Las ideas de hace cuarenta años; el eclecticismo empírico, la metafísica de los *boutiquiers*, el Apocalipsis del es-



tómagο encubierto con la pomposa y vacía frase del espiritualismo moderado.

Puesto que la ciencia no tiene ideal, vamos á ver si lo tiene el arte. Y para ver si el arte lo tiene, vamos á visitar la Academia de Bellas Artes en ese Instituto de Francia por cuyos asientos suspiran tantos y tantos hombres que necesitan un diploma de inmortales, dado por un cuerpo en cuya Academia de la lengua se ha sentado alguien que ignoraba hasta la ortografía francesa.

Un viejo leía con irónico acento discurso correcto, peínadísimo, proporcionado, frio; un discurso académico. Las frases parecían todas hechas á torno, segun lo pulidas, pulimentadas y brillantes. Todas ellas sonaban de una misma manera, todas sonaban á huecas. Lo que proponía por todo ideal de las artes plásticas era la imitación de la antigüedad, la imitación de las formas clásicas, la imitación del mundo helénico, sobre el cual han pasado tantos siglos; el ejemplo de un pintor de nuestros días, pintor frio, rígido, pero lejano reflejo de los antiguos, un pintor semejante á un cadáver á quien hubieran adornado con una túnica de Roma, con un anillo de Corinto, con una diadema de Tebas. Yo no niego, no sólo no niego, yo adoro la hermosura clásica. Yo creo que la humanidad ha llegado en aquel tiempo, en aquellas condiciones de civilización, á lo perfecto. Pero no en vano el espíritu ha crecido y ha roto la armonía. No en vano ha entrado en la conciencia una idea que

la agita, que la eleva tormentosa al cielo como el huracán á las ondas. En el rostro de los hombres de nuestro siglo no puede existir la serenidad olímpica, inalterable, cuando la duda les muerde el corazón y la sed de lo infinito les seca los labios. Si un pintor es hijo de su tiempo, debe expresar las ideas de su tiempo. ¿Y dónde iría á buscar aquel reposo griego, aquel reposo escultórico, que nacía de las nupcias tranquilas, eternas del hombre con la naturaleza? Nuestra carne ha sido macerada por quince siglos de penitencia. Nuestro espíritu ha sido conturbado por aspiraciones infinitas. La conciencia humana, como Psiquis, ha encendido su lámpara para conocer el amor, y el amor ha huido oculto entre las nubes de mariposas que se llaman ilusiones, y ha huido al cielo. Ya no se contenta, pues, sino con lo infinito. A vuestros oídos habrá llegado aquella elegía que aún lloran los mares egeos y tirreno, que aún repiten los cabos de las riberas de Francia y de Italia, que heló en las venas la sangre del antiguo mundo, al salir, como un sollozo, del fondo de las aguas; aquella elegía, que se lamentaba diciendo: "El dios Pan ha muerto."

Pero vamos, sucederá esto con las artes plásticas, porque las artes plásticas son poco propias de nuestro siglo. Por la utilidad de las artes industriales ha olvidado un tanto la contemplación de las bellas artes. Perdonémoselo á este siglo. Vulcano, un poco feo, un tanto cojo, ahumado por la hulla, pero que muestra la rápida locomotora, en cambio, saliendo de sus

talleres para devorar el espacio. Las artes literarias, las artes del espíritu deben extasiarle, cansado como se halla de las penalidades del trabajo. Vamos al teatro. ¿Dónde mejor que en el teatro se conoce una sociedad? Si la España del siglo décimo-sétimo se perdiera con su historia, sus monumentos, sus estatuas, bastaba para vivir eternamente que se salvaran de los estragos del tiempo los dramas de Calderon. Vamos al teatro. Aquí oiré el gemido de nuestros dolores y la armonía de nuestras esperanzas. Aquí llegaré á entrever el ideal de nuestra sociedad. Como yo, hay muchos que buscan esta fuente misteriosa, pues el teatro se halla repleto, henchido, rebosante. ¡El teatro! Mucho carton, mucha gasa, mucha seda, mucho oropel, mucho similor, mucho vidrio figurando piedras preciosas; comparsas infinitas, legiones de mujeres que, segun su traje, deben haber de nuevo encontrado la inocencia paradisiaca; bailes casi imposibles, casi inverosímiles; decoraciones fantásticas donde se agotan los caprichos de los pinceles de brocha gorda y los prodigios de la maquinaria; hombres que vuelan y pájaros que hablan; gigantes tocando con la frente en las bambalinas y enanos casi desapareciendo en las juntas de las tablas; pero ni una idea, ni un sentimiento, ni una imágen, ni una gracia, ni un rayo del espíritu, ni un grano de la sal del ingenio; nada que salga de la conciencia, nada que acuse la vida del espíritu, ni un lejano crepúsculo siquiera del ideal. ¿Y este es vuestro arte dramático? El maquinista ha

reemplazado al poeta, la decoracion al interés dramático, y los efectos se consiguen, no con los versos que llegan al corazon, sino con las cuerdas que tiran de los telones para divertir la vista. Vale más volver á los tiempos en que el teatro era una carreta tirada por bueyes; pero desde la cual salía sonoro y deslumbrador el verso. Vale más que tengamos por toda decoracion un telon en blanco, que represente, ya una calle, ó ya un campo, ó ya un palacio, á gusto de la ilusion, pero en el cual se dibujen esos eternos fantasmas que se llaman los pensamientos de Shakespeare.

¡Loco de mí! He perdido el rumbo; debo ir á las Cámaras. Miremos la tribuna. Allí está el Sinaí fulgurante que nos ilumina, allí está el ideal del siglo. La tribuna francesa es el escolló donde la humanidad ha encendido el faro de los tiempos. Allí está el nuevo derecho que dimana de la nueva ciencia; allí está el ideal. Acerquéme, en efecto. Un viejo hablaba, y á decir verdad, hablaba maravillosamente. Nadie hubiera podido creer que de una cabeza tan vieja bajara una palabra tan jóven. No de otra suerte el mudo y estéril desierto de nieves que se extiende en la cuna de las montañas, se filtra en rios que van luego á llevar abundancia por los valles. Pero esa jóven palabra deberá tener tambien jóvenes ideas. ¡Engañosa ilusion! Habla del antiguo equilibrio europeo, habla de la pátria como pudieran hablar los griegos y los romanos; quiere meter todas las naciones en un cepo, á fin de empequeñecerlas y descuartizarlas, para

que una sola sea grande y fuerte, la nacion donde él ha nacido. Vámonos, vámonos.

Allá, á lo léjos, descubro las torres de Nuestra Señora. El sol poniente, que ha logrado romper, aunque por algunos minutos, su negro sudario de tristes nubes, las dora con un rayo que parece el reflejo de una aureola mística. ¡Nécio de mí! Habíame olvidado de que existe en el mundo ese puerto de refugio, y de que ahí se cree, se ama, se espera al son del órgano y de las campanas, al murmullo de la oracion y de los cánticos sagrados, á la luz de las lámparas y al reflejo de los vidrios de colores, que recogen la claridad del dia, y la ciernen, y la endulzan, y la pintan en iris eternos sobre el pavimento, sobre el ara en que se celebra la reconciliacion del hombre con su Dios. Ahí tambien hay una tribuna. Ahí oiré hablar del eterno ideal de la vida. Ahí renacerán mis esperanzas en la inmortalidad. Ahí un orador sagrado me dirá cómo todos los séres aspiran á lo infinito; cómo el aroma de unos, el canto de otros, el susurro de los campos y el vapor de los lagos, la palpitacion de las olas y la luz de las estrellas, todos los rumores, y todos los ecos, y todos los tonos, desde el que produce el arroyo entre las guijas hasta el que produce la ola henchida por los huracanes, son religiosas plegarias. Ahí oiré que cuando venga la muerte, cuando caigan podridos mis huesos en la tierra, no morirá todo en mí, sino que este sér inquieto, sediento, triste, que piensa y ama sin encontrar nunca el límite del pensa-

miento ni del amor, el espíritu, el alma, el sér, como querais, tomará, á manera de la mariposa en Abril, místicas alas para volar á lo infinito, y bañarse allá sobre las cimas del Universo, en la luz increada; y perderse por toda una eternidad en el éxtasis de la contemplacion del Creador. Entré. Aquí, decia yo, nada me recordará la tierra. Entré y me senté maquinalmente. Aún no había comenzado mis meditaciones, cuando me dan una palmadita en el hombro. Una mujer muy parecida á las acomodadoras de los teatros me dice en correctísimo francés: "Caballero, el precio de la silla, si V. gusta." El ruido del dinero en una especie de cajilla de hojalata, que llevaba, me dió frio. Yo no buscaba esto. Pude arrodillarme, pero en la nave central no hay donde poner las rodillas sin tener detrás su asiento, y desde que se toca, se paga. El mundo nos persigue hasta aquí. El orador subió al púlpito; y empecé de nuevo á entrever la esperanza de arrancarme á la realidad, de oir algo semejante al sermon de la montaña: amad á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y os calumnian, para que seais perfectos como nuestro padre que está en los cielos. Pero nó; oí lo mismo que en el Cuerpo Legislativo, oí hablar de tratados de no sé qué mes, de protervias de no sé qué general, de victorias de no sé qué ejército, y de milagros de no sé qué fusil. Entónces salí á la calle, y recordé las siniestras palabras de Juan Pablo Richter: hijos del siglo, todos somos huérfanos.

Desconfiemos, desconfiemos, sí, de los hombres y de las sociedades que carecen de ideal. Rossini ha sido un extraordinario artista, y ha encantado á todo un siglo, porque Rossini sentia en su alma el calor vivificante de un luminoso ideal. Rossini veia y amaba á Dios en el cielo; veia y amaba la libertad en la tierra. Acaso la vida privada, el carácter particular de este gran maestro desmentirian mi afirmacion, si á los artistas debiera juzgárseles por cuanto hay en ellos de transitorio, por sus pasiones y por sus actos; olvidando cuanto hay en ellos de permanente, de eterno, sus ideas y sus obras. Rossini tenia la conversacion ligera, la gracia punzante, la ironía finísima de los escépticos, y una médula volteriana en su génio, que explica las grandes simpatías adquiridas por él en París. Pero cree en Dios el cantor que ha lanzado sobre la conciencia de nuestro siglo aquella plegaria del *Moisés*, en que la voz del desierto se confunde con la voz de Océano, y la satisfaccion sublime por la salida de cautiverio con el entusiasmo religioso. Cuando se oyen aquellas cadencias larguísimas, aquellas armonías severas, aquella mezcla de todas las voces humanas, formando sobrehumano coro, el ánimo, exaltado por divinos sentimientos, cree oir la oracion de Israel, la oracion de sus dolores y de sus esperanzas, bajo los saúces de la opresora Babilonia.

Y lo que digo de la idea de Dios, digo de la idea de libertad en el artista. Así como el compositor de *Moisés* siente una inteligencia suprema animando, y

una hermosura perfecta embelleciendo el Universo, siente el compositor de *Guillermo Tell* tambien la inteligencia humana y la humana libertad conduciendo las sociedades al cumplimiento de su destino, á la realizacion completa de su esencia. Yo bien sé que Rossini ha huido de todos los movimientos populares; que ha denostado las revoluciones por su infernal estruendo, ingrato siempre á los oidos músicos; que ha adulado á Jorge IV, y sido cortesano pensionado de Carlos X; que al pasar por Verona, donde la diplomacia monárquica maquinaba los medios de matar la libertad en España, y de sellar con triple sello el mármreo sepulcro de la infeliz Italia, ha prestado acatamiento á los verdugos de Europa: sé todo esto, mas lo explico todo por las impurezas de la realidad, y por el temperamento nervioso, impresionable, cambiante de los grandes artistas.

Mas yo no puedo acordarme del patriota tibio, ni del cortesano complaciente, cuando escucho las sublimes armonías de *Guillermo Tell*. El aire que baja de las montañas nevadas y que riza los lagos alpestres; el rumor que se levanta de los bosques y el aroma que se exhala de los prados; la cancion del barquero acompañada por el choque de los remos y gritos del cazador acompañado de los ecos de los cuernos; el juramento religioso del noble y la rencorosa imprecacion del plebeyo; los conjurados que toman por testigos de su decision todos los esplendores y todos los milagros de aquella naturaleza, sencilla co-

mo la egloga, majestuosa y sublime como la epopeya; el gran flechero, dominando los elementos con su voz poderosísima, como el estampido del trueno en las nubes, como el estruendo del alud en los despeñaderos; el génio campestre, natural, de Suiza mecido en alas de melodías que huelen con el grato olor de los ganados; todos estos prodigios del arte musical, que á veces hasta pinta y esculpe, todos estos prodigios encerrados en el drama inmortal de *Guillermo Tell*, no tienen, no pueden tener por inspiracion más que el génio de una Musa digna de la magnitud de la obra, el génio de la libertad.

No busqueis en Rossini el sentimiento íntimo, profundo, psicológico de los sublimes artistas germanos. Estos se han replegado en sí mismos, y han oído el aleteo de las ideas al despeñarse en las conciencias y subir desde las conciencias al cielo. Si han cantado la naturaleza, la han cantado sentida, pensada, transfiguradísima en las profundidades del alma. Los músicos del Norte son los músicos de las ideas psicológicas, internas. Rossini es hijo del Mediodía, donde todo es relieve; del Mediodía, donde todo es plástico; del Mediodía, donde el mármol bruñido por la luz, el voluptuoso embriagador aroma de que están como henchidos los aires, los mares sensibles á los matices de los cielos, las abiertas costas entonadas por los toques encendidos del calor, toda la vida, invita á salir de sí, á indentificarse con la naturaleza, y recoger en sus inspiraciones varias, tumultuosas, continuas, como

las ondas, el secreto de las divinas armonías, que apenas ha compuesto el génio, cuando se recogen y repiten por el pueblo.

Así comprendo muy bien que al verse Rossini y Bethoven allá en en la nebulosa Alemania, no se comprendieran mutuamente. Son dos génios tan diversos como Platon y Aristóteles en la filosofía, como Rafael de Urbino y Buonarroti en las artes del dibujo. Rossini es la naturaleza, Bethoven es el espíritu; Rossini lo plástico, Bethoven lo íntimo; Rossini la melodía natural, recogida como recoge la mariposa sus matices en las flores, recogida en las auras, en las brisas, en las gotas de rocío, Bethoven la melodía psicológica, recogida donde recoge el pensamiento su fuerza, en la meditacion, en el dolor, en ese rocío amargo, pero fecundante, de las lágrimas; Rossini tiene la alegría embriagadora de los bacantes que han recorrido la campiña, desnudos, ébrios, con la risa en los lábios, la inspiracion centellante en los ojos, el tirso de oro en la mano, la corona de yedra y de pámpanos en las sienes, la embriaguez de la vida exhuberante en todo el cuerpo; mientras Bethoven es el gran solitario, sordo á los halagos de la naturaleza, encerrado en sí mismo, sacando la inspiracion del choque de las ideas, y produciendo, para consolarse de la ausencia del cielo y de la luz, otro cielo ideal, otra luz más nueva allá en los infinitos espacios de su alma, rociados de notas luminosas, como de mundos los espacios del Cosmos.

Y aún habia entre ellos, no solamente la disparidad del génio, sino tambien la disparidad de la vida. Rossini era hombre de sociedad, la conversacion uno de sus principales placeres, las fiestas continuas una de sus primeras ocupaciones. Bethoven era hombre de pensamiento y de estudio; su vida se encerraba en el gabinete, su alma en la conciencia. Rossini, elevado desde pobre cuna y posicion precaria, al goce del influjo social y de riquezas relativas, vivia vida fácil y alegre. Bethoven, atenaceado por la intensidad de sus ideas, vivia la vida triste del génio, aquejado por eterna nostalgia. Rossini se habia casado con la mujer que amaba, con la Colbran, cuyo cariño de esposa embellecia su vida y cuya voz de ángel halagaba su oido y enardecía su imaginacion siempre exaltada. Bethoven amó con amor intenso en sus primeros años. Imposible será á las almas vulgares comprender cómo aman los artistas, combatidos por las tempestades del corazon, desgarrados por los dolores intensos de la infeliz vida, en que las concepciones continuas del ideal causan los dolores de la gestacion, y las reproducciones continuas del ideal los dolores del parto. Bethoven sólo tenia una pasion, su amor. Y la mujer amada é ingrata se casó con otro. La idea del suicidio cruzó por el poeta germánico. Cuando tuvo seguridad de su desgracia, dióse á correr por los bosques, cayó en el barro, recibió sobre sí la humedad del suelo, el frio de la noche, y se levantó sin oido en su cuerpo y sin esperanza en su alma. ¡Qué inmensa distancia no

habria entre el poeta social, popular, entregado á las muchedumbres, componiendo circuido de amigos, luchando con aquel público ardiente, comunicativo de Italia, y el poeta solitario, triste, sordo, imposibilitado de oir su propia música, recluido en su pensamiento, y sobre su pensamiento acostado como sobre un lecho de espinas. Así Rossini representa la gracia, lo bello, y Bethoven representa la fuerza, lo sublime. No maldigamos ni de uno ni de otro género artístico, ni de uno ni de otro génio músico. De esta variedad resulta la vida y la belleza; de estas contradicciones resulta la armonía. La historia es como el planeta; se halla formada de alturas y valles, de eminencias y profundidades, de aridez y de humedad, de oasis y desiertos. Así todo género artístico es bello cuando está animado por el génio verdadero.

Volviendo exclusivamente á Rossini, debemos decir que su vida se deslizó entre armonías. Las hadas de la música, que en Italia surgen de cualquier teatro callejero, de cualquier murga nómada, le acariciaron y le mecieron desde la cuna. En mi viaje por Italia, el año 1868, observé la decadencia triste de la música teatral y la conservacion maravillosa de la música ambulante. En la misma pátria de Rossini, Bolonia, podian oirse óperas pésimamente cantadas al lado de conciertos al aire libre perfectísimos. Por consecuencia, si el padre de Rossini fué músico de la legua, si su madre fué cantora, como las gitanas, de las férias, si él mismo sirvió, de niño, como tiple en las capillas

de las catedrales, y luego, de jóven, como *maestro al cémbalo* en las orquestas de los teatros, todos estos oficios enseñaban mucho arte, y sobre todo, mucha inspiracion. Yo confieso que, profano á la música, sin más juicio para entender en este arte que mis instintos estéticos, héme conmovido mil veces profundamente al oir sonar por las calles uno de esos organillos que entonan cualquiera de las sonatas propias para acariciar mi corazon y mi oido, sonatas que ruedan, como cascada mansa de melodías y armonías, sobre mi alma estática.

Viendo los padres de Rossini la vocacion música, la voz preciosa, el talento artístico del milagroso niño, le dedicaron al estudio de la composicion en la Academia de Bolonia. Poco tiempo pudo pasar bajo el yugo disciplinario. Su génio puro y nàtivo se escapaba de la rutinaria escuela como el manantial de la oscuridad, para correr y susurrar en el campo libre, besado por la luz del cielo. Rossini, al comenzar casi la pubertad, era ya un gran compositor. Háblele contratado un avaro empresario de Venecia, que le daba pequeñas cantidades por largas composiciones. Sólo un génio seguro de sí mismo, pudo intentar lo que intentó Rossini para libertarse de la férula y de la opresion de aquel hombre. Compuso malísima ópera con sinfonía ridícula. Los violines, cada vez que tocaban una cadencia, volvíanse y pegaban con los arcos en las pantallas de hojalata puestas sobre las candilejas. Las composiciones arrancadas á

este contrato leonino, caian por su propio peso, entre los silbidos del público. El tirano tuvo que dejar libre á su ruiñeñor, convertido por tristísimo arte en pobre papagayo. Y Rossini corrió desde las lagunas de Venecia al encantado eden de Nápoles.

Hasta aquí inspirábase aquel génio verdaderamente maravilloso en la alegría. Su musa era una musa irónica, sarcástica, pero tambien graciosísima y alegre. Lo repito, su musa era la Bacante antigua, ébria de amor y de vino. Cuadraba, pues, perfectamente á su inspiracion aquella campiña sibarítica, sensual, de Parthenope, antigua mancebía de los romanos, escuela antigua de los griegos, donde quince siglos no han podido ahuyentar la náyade del arroyo, la nereida de las olas, el génio clásico del espíritu y el paganismo de la naturaleza. Pero en Nápoles se transformó el génio de Rossini. El amor penetró en la serena y celeste alma del músico. La Colbran era una grande artista; pero una artista trágica. Casóse con ella y le llevó como de la mano su esposa á la tragedia. Para la Colbran compuso el *Otello*, aquella gran tragedia en que su génio tomó una tristeza elegiaca cercana a lo sublime. La romanza del sáuce puede ponerse junto á las elegías más tristes que haya jamás llorado la tristeza humana. Se vé deslizarse en aquel claro y sereno cielo de amor, de inocencia, la fria serpiente del mal. Se vé que la tierna y angelical esposa va á ser devorada por el feroz africano á quien ha unido su existencia. Cuando junto á la melodía suave, dulce, vir-

giliana de la casta mujer que vá á dormirse en su ciega confinza y en su pureza no manchada por ningún remordimiento, se oye resonar el infernal terceto del Dante, puesto en una música trágica, desgarradora, como el lamento de una ola azotada por el huracán, como el quejido de un espíritu desgarrado por la desesperación, el terror trágico llega á una de las más sublimes expresiones que haya tenido jamás en música, en ese arte de las ideas indecisas y de los vagos sentimientos. El duo que sigue es un verdadero combate entre el amor y el odio, entre la inocencia y la venganza, entre la fé pura y los celos. Cantábale García, que era tenor, con su hija, la sublime Malibran, gloria del teatro. Y se poseía en tal manera de su papel, relampagueaban sus ojos, gemía su garganta, gritaba su pecho, crispábanse sus nervios, temblaba con tales sacudidas y estremecimientos todo su cuerpo, que la célebre Malibran temió muchas veces morir á manos del fingido Otello.

Mas el género gracioso atraía siempre el ingenio peregrino de Rossini, su vena fecundísima. Dividiendo su tiempo entre Roma y Nápoles, compuso para Roma su obra maestra, el *Barbero de Sevilla*. No se acomodaba el génio de Rossini á la naturaleza y al génio de Bethoven; pero se acomodaba mucho á la naturaleza y al génio de Mozart. En verdad, Mozart es un génio italiano. Ha nacido en el Mediodía de Alemania y lleva impreso en la frente espaciosísima el beso creador de la naturaleza de Salzburgo. Luego

Mozart ha recorrido Italia, y se ha inspirado en la musa de la historia moderna, en la nacion estética por excelencia, donde indudablemente adquiriera las dos cualidades sobresalientes de su arte, la sencilla pureza del gusto y la ingénua sobriedad clásica en la inspiracion y en el estilo. Mozart es el génio más divino y más humano al mismo tiempo; la ecuacion de lo ideal y de lo real, como las antiguas estátuas clásicas. Sólo que en lo antiguo la realidad se eleva hasta las cimas de lo ideal, porque á su vez lo ideal decrecia y se aminoraba hasta dejarse tocar por la mano del hombre, sereno, impasible como un verdadero triunfador. El ideal nuestro está muy alto. Pero Mozart sube y no se cansa de subir, porque su ascension es un vuelo. Mozart enlaza la profundidad alemana, su idealidad etérea, con la gracia, con la hermosura, con la expresion brillantísima de los italianos. Parece su alma la conjuncion de dos mundos, parece su obra el enlace misterioso del génio de dos razas. No podia Rossini desconocer el manantial de inspiraciones y de pensamientos encerrado en las obras maestras de Mozart. El *Barbero* es de ello buena prueba. Rossini no lo ocultaba. Un amigo suyo le dijo, despues de varias audiciones del *Barbero*: "Maestro, habeis tomado los pensamientos mejores de Mozart." "Pues nó, dijo Rossini, que tomaria los peores." Al génio se le perdona todo. Hay, en concepto del género humano, entre los plagios del génio extraordinario y los plagios del vulgo la diferencia que entre

las hazañas del ladrón y las hazañas del conquistador.

La obra maestra, el *Barbero*, cayó en la representación primera. Rossini sufrió la horrible tempestad de la silba. A la siguiente noche, quedóse en cama, con aquella calma, con aquella serenidad propias de un génio lleno de la conciencia de su fuerza. Habíase dormido profundamente cuando le despertó grande ruido semejante á infernal aquellarre. Eran sus admiradores que se agrupaban al pié de sus balcones para llevarle en triunfo á las tablas, á fin de que supiese la admiración despertada por sus inspiradas armonías.

Al poco tiempo, dejó Rossini su Italia. Un sentimiento de despecho le obligó á esta resolución siempre extrema de expatriarse. Creyóse mal comprendido y peor recompensado en Italia. *La Donna del Lago*, composición suave, melodiosa, idealista, llena de cierta vaguedad germánica, semejante á una balada del Norte, había caído en el menosprecio de los italianos, poco aptos para comprender la melancolía del maestro llegado á la completa madurez de su génio. Rossini dijo á su Italia las palabras de Escipión: "No poseerás, ingrata pátria, mis cenizas." Y se instaló en París.

En París, ya de otras óperas suyas, ó ya nuevamente, en parte compuso, en parte arregló sus tres obras maestras, el *Moisés*, la *Semíramis*, y el *Guillermo Tell*. Las tres tienen movimiento dramático digno de las obras francesas, melodías puramente italianas, y trozos armónicos que pueden elevarse al par de las obras maestras del génio alemán.

Rossini estaba en la plenitud del génio, en la plenitud de la vida, en los treinta y siete años, cuando enmudeció de pronto, creyendo haber tocado con el *Guillermo Tell* á las cumbres de la gloria. En efecto, aquel génio, alegre, sensual, que parecía ejercer el arte sólo por el arte, habíase vuelto reflexivo y exaltaba en su música los sentimientos más hondos del corazón humano; la libertad y la patria. Parecía el comienzo de una nueva carrera, siendo en realidad el término, el fin. Prestábale acatamiento el mundo entero, y no quiso luchar más. Su estatua se alzaba á la puerta del gran teatro de la Opera y su nombre lucía en calle céntrica de París. Los soberanos de las letras le quemaban á mano llenas incienso. Exaltábale Balzac en sus novelas; exaltábale Enrique Heine en sus chispeantes é ingeniosísimas cartas; había en París una escuela música y otra escuela crítica bajo el patronato de su ilustre nombre. De esta suerte Rossini asistía, como en espíritu, al juicio de la posteridad sobre su génio. El Dios de la música italiana se parecía á los dioses del antiguo paganismo en el olímpico reposo. Cuántas veces, encastillado en el seguro de su inmortalidad, asistía sonriente y frío á las luchas empeñadas entre sus enemigos y sus admiradores, no de otra suerte que como deben asistir los dioses desde sus cielos y empíreos á las batallas religiosas que los mortales empeñan por su culto. Decían los enemigos de Rossini que corrompía el gusto; que era uniforme y pobre en el estilo; que plagiaba las ideas ajenas y

repetía las propias; que le faltaba idealidad, estudios profundos y ciencia; que desdeñaba apropiarse la misma música dramática al carácter de los personajes y á la diversidad de las ideas; que olvidaba la naturaleza para seguir lo convencional y hasta lo arbitrario; que bordaba sus notas sobre cualquier libreto, sin mirar para nada el verso y la palabra; que sus continuos *ritornellos* y sus monótonos *crescendos*, no eran más que una desordenada orgía de los sentidos. Sus admiradores oponían á estas heridas del escarpelo crítico la realidad viviente, la magia del maestro, el hechizo que había producido su música, siempre joven, siempre nueva, como nacida del genio. En verdad Rossini será inolvidable. Pasa el sonido rápido, fugaz como el relámpago; pero en sus combinaciones pone melodías y armonías el genio con sus sartenas de notas que jamás podrán producir todos los acordes de la música del Universo. El ruiseñor que canta en los árboles del Pausilipo acompañado por la ola del mar Tirreno, por el aura de la campiña partenópea, por el hervidero del encendido Vesubio, jamás entonará una de las sonatas del arte, vencedor de la naturaleza. Y el género humano, diga lo quiera la crítica, siempre contará á Rossini en los coros de sus genios predilectos. Durante su vida, entró ya sereno en las regiones de la inmortalidad.

HERTZEN.

HERTZEN,

(ESCRITOR RUSO.)

¡Problema oscurísimo este problema de Rusia! El sentido comun europeo cree la vasta tierra que confina con Alemania, la nacion de las ideas modernas, y con China, la nacion de las antiguas ideas; cree a esta confusa aglomeracion de razas, tan desconocidas en el fondo como las razas germánicas de los antiguos romanos, clave de la estabilidad, mientras algunos escritores moscovitas se empeñan con fuerte y decidido empeño en que ha de ser como el vivero de los progresos más difíciles, de los progresos sociales.

Ninguna cuestion conozco en que los pareceres sean de tan radical manera, no ya opuestos, sino contra-

dictorios, y en que la contradicción carezca más de términos y medios para llegar á una síntesis. Según unos, el mundo moderno es más desgraciado aún que el mundo antiguo. Este podía prometerse de las tribus germánicas esparcidas por las orillas del Rhin y del Danubio, renovación para su sangre, libertad para sus instituciones, como lo muestran las apologías de Tácito, trazando la vida de la independencia individual junto á la ergástula del Imperio; como lo muestran las impresiones de Lucano, diciendo que allende el Rhin resucitaban más vigorosos los principios vencidos por el cesarismo en el día de Farsalia, en la noche de Filipos. La venida de los germanos á Roma debía ser para Roma saludable renovación. Pero esos tártaros, que conservan el carácter de las estepas asiáticas; esos mongoles, acostumbrados á obedecer imperios tan podridos como el imperio bizantino en sus postrimerías; esos cosacos, salvajes en toda su rudeza, y viciados ya por el virus corrosivo de la inmortalidad, sólo guardan avaros en sus venas sangre cancerosa, y en sus instituciones uno de aquellos enormes despotismos que han despoblado con crueles guerras y embrutecido con inmóviles teocracias el antiguo Oriente.

Junto á tales tétricas pinturas trazadas por los enemigos de Rusia, álzanse las apocalípticas esperanzas de los defensores y los amigos de Rusia. Para éstos, los rusos podrán y deberán renovar el ministerio designado en los Apocalipsis judío y cristiano á los ex-

terminadores ángeles de la proterva Roma, de la inmundada Babilonia. Nuestros tiempos no son tiempos de visiones místicas. Ninguno de estos renovadores contemporáneos hablaba desde Patinos, ni veía los siete candeleros de oro; el varon envuelto en blanca túnica, de cabeza semejante á la nieve, de ojos semejantes al fuego, llevando en las manos guirnalda de estrellas, los tronos á cuyas plantas brillaba un oceano de cristal y en cuyas cimas un arco-iris de mil varios matices; los ángeles que retenían á los cuatro puntos cardinales el respiradero de los vientos, y las maldiciones que, mezcladas con el estridor de la trompeta del juicio y las ráfagas del huracan universal, caían, como lluvia de fuego, sobre la impura Babilonia, sobre aquella ciudad, que corrompida y corruptora, abrevó al mundo en la copa de sus orgías y lo envenenó con el viejo vino de sus vicios. Nó: nuestros tiempos no son tiempos de Apocalipsis religiosos; pero son tiempos de Apocalipsis sociales. Y á los que no veían el medio de concluir con tantos intereses poderosos, con tantas gerarquías políticas, con las fuerzas industriales y los elementos burocráticos traídos por la misma revolucion francesa, mostrábanles los escritos moscovitas, bajo las capas de cieno sobrepuestas en el suelo de Rusia, por un despotismo de origen alemán, el cosaco, nómada como todas las razas llamadas á fines progresivos, libre como el viento en sus estepas, individualista como los antiguos germanos, al punto de serle incomprensible, no ya la monarquía,

pero el mismo Estado en cualquiera de sus formas, y socialista hasta el punto de desconocer la propiedad individual, y vivir en sus tribus del acerbo común, del trabajo de todos unidos en intereses y en espíritu.

Algun escritor ha llamado á los esclavos, al nervio de la poblacion rusa, árabes rubios. En efecto, trás aquella piel blanca y rosada, bajo aquella cabeza de áureos cabellos, en el fondo de sus ojos azules, ocúltase un alma tan poética como el alma de los semitas, y tan dada á expresar sus poéticas ideas en las cadencias de melancólicos cantares. Y si al árabe se parecen por su poesía y su música, se diferencian del árabe por su carácter gracioso y comunicativo, por su espíritu universalizador y cosmopolita. Tienen una aptitud maravillosa para apropiarse á todos los estados sociales y para hablar todas las lenguas humanas. Pasan fácilmente de un estado á otro estado y olvidan más fácilmente aún el antiguo, como los godos del siglo cuarto cambiaban con extraña movilidad la religion de la naturaleza por la religion de la secta arriana, y la religion de la secta arriana por la religion de la Iglesia Católica. Acaso de esta inquieta movilidad proviene la fama de ligereza caída sobre los esclavos, fama que ellos contrastan, denominando á su ligereza flexibilidad saludable. Sus varias aptitudes para la vida social dependen tambien de la diseminacion de esa raza sobre el planeta. Los griegos y latinos vivíamos asentados en las tres penínsulas mediterráneas y en las costas meridionales de Francia; los

germanos vivian entre el Vístula y el Báltico y el Rhin y el Danubio, en regiones de un mismo carácter; pero los eslavos habitan hoy desde las orillas del Adriático, eternamente griegas, hasta las orillas del golfo de Finlandia, eternamente escandinavas; desde las regiones de la luz clásica, de las artes plásticas, regiones esencialmente pictóricas y escultóricas, donde los artistas de las formas plásticas se inspiran, hasta las otras regiones interpolares, donde medio año de noches boreales, reflejadas en argentados desiertos de hielo, suceden á medio año de dias blanquecinos, iluminados por un sol pálido; noches y dias que convidan á la concentracion del espíritu en el pensamiento.

De ésta diseminacion extraen los eslavos continuas argumentaciones en apoyo del carácter cosmopolita de su raza y del carácter sintético del espíritu de esta raza. No es, segun ellos, la raza eslava esa raza latina, más social que individual, fundadora de los Estados fuertes y de las religiones universales, pero próxima siempre al Cesarismo; ni tampoco esa raza germánica, á la cual sus tendencias individualistas, su espíritu de aislamiento, su olvido de la igualdad natural entre los hombres, aproximarán siempre á la aristocracia: los eslavos llevan dentro de sí la ecuacion maravillosa entre la libertad y la igualdad, entre la sociedad y el individuo, entre el espíritu humanitario y el espíritu personal, entre todo aquello que tiene de eficaz el socialismo para redimir á los

pueblos y todo aquello que tiene el individualismo de saludable para la completa realizacion del derecho; los esclavos reclaman, pues, el título de la raza verdaderamente sintética en la moderna historia.

Oid en qué se fundan sus apologistas.

Los esclavos son los más legítimos hijos de la naturaleza, puros guardadores de la sangre aria. Los esclavos han llamado á los labradores con el nombre zenda de *avatai*, que quiere decir venerados. En su mitología, especialmente en la polaca, no existió nunca el bárbaro dios de la guerra. El pobre roturador de los campos es llamado á la jefatura de la tribu de la raza; y hasta en tiempos cercanos á nuestros tiempos, hasta fines de la Edad Media, el rey no podia vestir la púrpura monárquica si no vestia ántes el sayal agrícola. Sus villas se llamaban *viec*, que quiere decir propiedad comun á todos los habitantes. El jurado existe ántes entre los sérvios que entre los ingleses. El tipo de la sociedad eslava es el tipo republicano de las familias indo-europeas que han producido las ciudades de Grecia y de Italia; pero tipo henchido de indomable amor á la colectividad sin mengua de la independendencia individual. Por esto los esclavos son los llamados á realizar la revolucion de nuestro tiempo. Como el Evangelio religioso, que fué el prólogo de nuestra civilizacion, exigió la presencia de los germanos en Occidente, el Evangelio social exige en Occidente la presencia de los esclavos. Ellos no son, no pueden ser milicia de los déspotas;

ellos son y serán siempre, por su temperamento y por su historia, soldados de las revoluciones.

Extrañas teorías en verdad estas que cambiaban todo el sentido comun de la política europea. Los soñadores, los amigos de las antiguas restauraciones habían contado en todo tiempo con el auxilio de Rusia. Los cosacos, en su esperanza, debían desarraigar la revolución y atraer el mesianismo armado de la autoridad inmovil y del orden gerárquico. El ideal para los reaccionarios estaba en aquel imperio ruso, de que tenían confusas y raras noticias, pero en que veían, alrededor del Czar, omnipotente, lujosísimo clero, fuerte ejército, y á los piés del Czar manadas de pueblos, dormidos en la indiferencia estúpida de la servidumbre, prontos sólo á moverse cuando el clarin guerrero los evocara, como el ángel del juicio supremo á los muertos, para lanzarse feroces sobre los pueblos de Occidente, y unirlos á sus mismas cadenas bajo el látigo de una autoridad semi-asiática por su poder y por su origen. Qué grande, qué tremendo desengaño encontrarse con que los soldados de la autoridad eran los más radicales entre los revolucionarios, los más propios para renovar la sangre y la vida de esta sociedad que los absolutistas querían hechizar con las antiguas creencias y sostener en las bases antiguas.

Uno de los escritores que más han contribuido en Europa á difundir la tésis original de que hablo, es el escritor Herten. Ya ha muerto, después de haber sido por espacio de mucho tiempo la víctima y la som-

bra del Emperador Nicolás y de su raza. Desde Londres primero, desde Ginebra despues, el escritor ruso lanzaba en estilo vivísimo, caldeado de fé, reluciente de poesía, llamamientos audaces á las razas esclavas para que cumplieran sus providenciales destinos. Me parece que todavía le estoy oyendo referir, poco ántes de la muerte, sus empeños revolucionarios y sus audaces conjuraciones. Tenia el cuerpo breve, la cabeza grande, la cabellera larga y rubia como un godo, el color claro, la barba rara, los ojos pequeños y luminosos como aquellas pupilas de los ojos hunnos que, segun Fernandez, tanto aterraban á los degenerados romanos; todos los rasgos de las razas del Norte. Pero en cambio tenia en la viveza de su palabra, en el color que la animaba, en las fuertes emociones que le sacudian, en los tránsitos bruscos de lo sublime á lo grotesco, en la variedad maravillosa y en la gracia inimitable, todo el estro, toda la vena de los hombres del Mediodia. Para escribir el relato de la revolucion rusa habia escrito sus propias memorias, é hizo bien, porque sus memorias resumian todos los hechos revolucionarios que pasaban en la realidad y todos los ideales que se descubrian claramente en la conciencia de los pensadores rusos. Herten era demócrata, republicano federal, y además, difundia con verdadero empeño las ideas sociales, destinadas á emancipar económicamente á los pueblos.

Con tales méritos, no hay para qué decirlo, pronto, muy pronto, fué á dar en el destierro y á seguir la

suerte de los desterrados á Siberia. A pesar de correr el mes de Abril de 1835 cuando le forzó el paternal gobierno ruso á emprender su viaje, los caminos estaban cubiertos de espesa capa de hielo, sobre la cual se resbalaban los caballos de su carruaje; y fuera de sus márgenes el Volga, en cuyas aguas estuvo á punto de perderse con su pequeña barca imperial, agujereada por un choque, henchida de agua, zozobranete, entre la indiferencia de los barqueros vecinos, la desesperacion del gendarme custodio, los llores del doméstico adscrito á su servicio y las maldiciones del pobre barquero, dependiente del gobierno, que veia próximos castigos severísimos, y se lamentaba de que la barca se perdiera y él no se ahogara; pues tan ruda y cruel es para los inferiores la bizantina administracion de los rusos. Verdaderamente, son de estudiar en la animada descripcion de este viaje, la barbarie de los empleados, la inmundicia de los paraderos oficiales, la grosería de los gendarmes, las lamentaciones de los sub-prefectos, que se quejan hasta de la disminucion en el consumo del aguardiente, cuyo despacho tiene monopolizado el gobierno, interesándole por ende fomentar el vicio de la bebida, que le aporta todos los años muchos millones de rublos.

Un pueblo, de corazon perdido por el despotismo, de estómago envenenado por el aguardiente, engendraba por necesidad corruptora política y corrompida administracion. Allá, en Perme, en las fronteras de Siberia, á la vista de las Montañas Ourales, vivian mul-

titud de polacos desterrados bajo el yugo de la infame burocracia rusa. Herten recibió del gobernador imperiosas órdenes de no tratar con ellos, al mismo tiempo que con ellos lo juntaba el gobernador todos los sábados, merced á revistas de inspeccion celebradas en las oficinas del gobierno. Entre los desterrados conoció uno, tan miserable de fortuna como rico de alma, ido de Francia á Polonia para sublevar á sus conciudadanos, y enviado de Polonia á Siberia para purgar su gran delito. La mujer de este mártir corria á la sazón, sola y á pié, sin saber casi el camino, guiada por su instinto como el ave, sostenida por el amor en aquel martirio, desde Polonia á Siberia, para unirse con su esposo en la soledad y en la tristeza del destierro.

Los empleados rusos, los burócratas, asuelan los territorios infelices que gobiernan con depredaciones propias más de conquistadores que de gobernantes. Entre las brutalidades entónces al uso contábase la increíble de robar sus niños, sus pequeñuelos, á los judíos, vestirlos de soldados, y en la edad más necesitada del cariño de sus madres y del calor de sus hogares, entregarlos á la vara del sargento y al frío del cuartel. Herten vió muchos, el que más de doce, el que ménos de ocho años, recién reclutados, conducidos por los desiertos de hielo, azotados por los glaciales vientos del mar blanco, llenos de heridas en sus cuerpos y de tristeza en sus almas, que caian muertos á centenares por aquellas estepas, no tan desoladas

ni tan tristes como las almas capaces de concebir y perpetrar estos crímenes.

De las fronteras de Siberia fué trasladado Herten á Vialka, region más occidental, donde habia un gobernador, antiguo titiritero de fériás y fiestas populares, antiguo criminal y presidiario, cuya buena letra y cuya eterna paciencia en escribir día y noche, le conciliaron el afecto de un poderoso funcionario ruso, que lo elevó á la dignidad de gobernador, dignidad ejercida como un sátrapa, pues se arrogaba ciertos derechos feudales, que no son para nombrados, sobre el bello sexo; y si alguno de los ofendidos protestaba, esposo ó hermano, poníalo á buen recaudo en los manicomios, á fin de poder probar que el ofendida era un loco, y la mujer por este defendida, la amado de una noche del Emperador Alejandro, á la cual debía acatamiento y consideraciones un representante del Emperador Nicolás.

Cuando este gobernador se encontraba en Perme, enviáronle un noble, que llegó acompañado de su perro y de sus papagayos. Al mes, comprometido el nuevo confinado en amorosa aventura, salió á la calle de buena mañana, en paños menores, persiguiendo á latigazos una infeliz mujer. Castigado con la internación á Siberia por tal escándalo, convidó todas las personas de más viso en la ciudad á comer en la víspera de su partida. Fué espléndido en el banquete. Al terminar, regalóles un pastel de carne, grande y sabrosísimo. Cuando lo hubieron comido, díjoles: “No

dudo que os haya sabido bien, porque esa carne es carne de mi perro.” Y arrojó la piel todavía ensangrentada sobre la mesa. Todos se pusieron malos de rábia y de asco. Leyendo los anales de los pueblos sometidos al despotismo, persuádase el ánimo de que el despotismo engendra, así en las alturas como en los abismos sociales, furiosa demencia. El Emperador Alejandro murió de melancolía: Nicolás casi de suicidio: el Czar reinante tiene en todos los rasgos de su rostro pintada torva tristeza; el general Louvarok despertaba á sus soldados cantando el canto del gallo por los campamentos; raras enfermedades morales y físicas, que son frecuentes en los libros de Tácito y de Suetonio.

Así, no me extraña que en Rusia obligaran al demócrata Hertzen por fuerza á ser empleado del mismo gobernador que le atormentaba, y en el mismo gobierno, que era como su vasto calabozo. Allí tenia el buen escritor, carácter de suyo inquieto, espíritu activo, talento innovador y audaz, que resignarse á los burocráticos oficios de redactar estadísticas, y que departir con empleados-máquinas, sujetos á ordenanza, siervos hasta de alma, esbirros de educación, sin ningun sentimiento moral, sin ninguna idea elevada, tomando el cargo como vínculo, su ejercicio como socorrida industria; y oprimiendo el campesino, que necesitaba de la administracion, cohechado y robado de mil modos, como bestia adscrita á los cargos públicos, para la mejor explotacion y cultivo de tan

pingües haciendas. Pero ¿qué extraño es todo esto en gentes dirigidas y mandadas, no ya por la arbitrariedad, sino por el capricho? Un día se quemó el palacio de invierno. El Emperador Nicolás mandó que fuera reconstruido en el plazo de un año. Imposible obra tan larga en tiempo tan breve. Pero lo mandó, y no había más que obedecer. El exceso de fatigas mató á innumerables trabajadores. Criticó esta barbarie en la escuela de ingenieros cierto alumno. El gobierno quiso saber quién era el atrevido crítico. Negáronse sus compañeros á denunciarle, y todos fueron azotados. Uno de ellos, por no sufrir tal afrenta, lanzóse de una ventana y estrelló su cabeza contra las losas del patio. De esta suerte gobiernan los autócratas.

Y este gobierno era todavía más cruel y arbitrario en la persona de sus agentes y gobernadores allá por Siberia. El gobernador general Patel oprimia á los infelices campesinos y vedaba que sus quejas llegaran al Emperador, abriendo en la frontera las cartas y castigando como delitos los lamentos. Un hijo suyo conspiró por la libertad, y fué ahorcado. Cuando estaba en capilla, entró el inhumano padre, y en vez de llorar, le reconvino ágríamente: que así muere la conciencia, así la naturaleza se asfixia y desaparece en los destinados á servir al despotismo. El hijo le respondió con esta frase: "Muero por una idea, padre; por la idea de evitar en lo sucesivo á mi pátria gobernadores como vos."

Imposible tal empresa; uno de los sucesores de Patel abría caminos por los mismos procedimientos de Nicolás para reedificar palacios. Otro, sin ser sacerdote, decia misa con toda pompa y toda solemnidad los domingos en su capilla y á presencia del arzobispo. Otro, siempre que se emborrachaba, hacía salvas con los cañones de las fortalezas para saludar como un grande acontecimiento su divina embriaguez. Y estos hombres se creen verdaderamente infalibles. Un agente administrativo contó entre los muertos un oficial espirante. Pero, por uno de esos cambios súbitos en la naturaleza, no espiró el moribundo. Su muerte fué anunciada y sus inferiores ascendieron, y sus parientes heredaron las tierras que le pertenecían. Cuando sanó, y pidió la restitución de su grado y de sus tierras, díjole el gobierno: "Negado, porque la estadística señaló en su día irrevocablemente la situación y estado de este oficial." Vivió todavía mucho tiempo, aunque para el gobierno estuvo siempre entre los muertos.

Así los campesinos rusos cuentan por días nefastos aquellos en que ven aparecer el ingeniero ó ayudante de ingeniero á señalar caminos, el agrimensor á medir tierras, el sacerdote á enterarse de los sacramentos recibidos por sus hijos; y sólo conocen un medio de conjurar estas calamidades, tenderles unos cuantos rublos, en papel, secos frutos de sus continuos afanes. Y no hay miedo de que se descubran los cohechos, porque la ley castiga igualmente al cohechador y al cohechado,

al funcionario que con amenazas estafa y al pobre estafado, al que dá casi por necesidad y al que recibe el dinero.

La impunidad es universal. Pero como sucede en las naciones entregadas á lo arbitrario, pagó por todos el más inocente. A la caída del primer Imperio francés, á la victoria del Imperio ruso, cuando el favorito de la fortuna y de la guerra vogaba hácia su prision de Santa Elena, creíase el Emperador Alejandro dueño del mundo; y poseído de exaltado misticismo, elevándose sobre antiguas dudas, proclamaba á Dios como dispensador supremo de tanta gloria para él y de tanto poder para su autoridad mesiánica y cuasi-divina. Queriendo de alguna suerte perpetuar su sentimiento de gratitud, pensó erigir en Moscow, la ciudad santa, que habia sido tambien la ciudad sacrificada, grandioso templo á Dios. Un arquitecto de génio habia imaginado construir esta obra, que debia eclipsar todas las obras humanas en piedra, dentro de las entrañas y sobre la cima de esbelto montecillo, que domina la capital antigua de Rusia. El templo debia ser en su primer cuerpo un sepulcro iluminado por escasa luz, abierto en el seno de la colina, destinado á guardar las cenizas de los mártires de la independencia: y en su segundo cuerpo, basado sobre grandes pirámides egipcias, una Iglesia de Cristo, del Verbo, del combate por la verdad, del sacrificio por la redención, ornado de profetas y de santos que unieran en sus simbólicas figuras el Antiguo con el Nuevo Tes-

tamento; y en su tercer cuerpo, especie de sagrado que contuviera y encerrara la idea incommunicable de Dios, un santuario, sin ninguna figura, de largas líneas, de grandes dimensiones, empapado en místicos matices, erigido airosamente sobre inmenso intercolumnio y rematado por la cúpula mayor que hubiera conocido el mundo, perdiéndose, como la oracion de los fieles, como el incienso de los sacerdotes, en la inmensidad de los cielos. Witberg se llamaba el arquitecto que habia concebido la obra. Mas puesto á la cabeza de una comision, encargado de traer los materiales vendidos por los mismos que le rodeaban, estafado indignamente, cayeron sobre él todos los rigores de los Czares, y vivió pobre en el destierro, y murió deshonorado, pidiendo en vano la justa y merecida rehabilitacion de su nombre.

Este grande artista fué uno de los compañeros y de los amigos de Hertzen, allá en la segunda estacion de su destierro, en Viatka. Pero bien pronto iba á comenzar la tercera y la más feliz. A consecuencia de un viaje del actual Emperador, á la sazón príncipe heredero, las penas del desterrado se mitigaron y se dulcificó su destierro. Hertzen fué conducido de Viatka á Vladimiro, ciudad ya más cercana á Moscow. Las dos primeras épocas del destierro habian durado desde Abril de 1835 hasta Enero de 1838. Llegado á Vladimiro, los recuerdos de su vida pasada, los sentimientos de su corazon exaltado, le llevaron á compartir su vida con una hermosa é inteligente jóven, á

quien habia amado mucho y que mucho le amaba tambien. Era de su propia familia, prima suya, huérfana de padre y madre, pobre, protegida de una tia de ambos amantes, tia noble, rica, aristocrática, reaccionaria, egoista, gruñona, encerrada en viejo palacio, donde los muebles seculares, los ahumados retratos de familia pendientes en las paredes vestidas de riquísimas telas descoloridas, los escudos bordados en todas las cortinas, las arañas de cristal oscurecidas por el tiempo y por el humo, los adornos de antigua porcelana, los viejos relojes con su sonido lúgubre, los siervos cargados de libreas, las ancianas criadas vestidas y tocadas á inmemorial usanza, los monos que tosan de viejos, y los papagayos que de viejos se desplumaban, como que eran testimonios de eterna repulsion al espíritu moderno y de aislamiento inaccesible á todas las ideas de nuestro siglo. Allí, en aquella casa feudal, la hermosa Natalia, privada de todo cariño, adivinaba al través de su servidumbre otra vida, otros sentimientos, otras ideas. La víspera de la partida de su primo para Siberia fué á la prisión, y con una mirada le reveló su amor, y en sendas cartas se lo digeron. Descubriólo la tia, y se opuso á que Natalia, educada por ella, se casara con un calavera, con un demente, con un desterrado, con un demócrata, con un jóven caido de la gracia del clero, de la nobleza y del Czar. Herten dejó religiosamente su destierro de Vladimiro, tomó el camino de Moscow, fué á la ciudad, obtuvo de Natalia que saliera

á encontrarle en sitio de antemano designado, y se la llevó á su destierro, donde uni6se en matrimonio con ella ante Dios y los hombres. Este amor fué bien pronto bendecido, consagrado por el nacimiento de un hijo, que vino á confundir más y más aquellos dos corazones llenos de amor, aquellas dos almas henchidas de poesía, dadas ambas al culto de las ideas de su siglo, y que solamente tocaban á la realidad, para embellecerla con sus esperanzas y para modificarla con sus arraigadas ideas de progreso y de reforma.

En 1839 se levantó su destierro y pudo ir á Moscow, donde encontrara sus antiguos amigos dados al trabajo del pensamiento filos6fico y al culto de las esperanzas sociales. Caso verdaderamente original y que apenas comprendemos en los pueblos de Occidente. El revolucionario, siempre perseguido, estaba siempre empleado. En Viatka habia sido adscrito al gobierno de la provincia y á la seccion de Estadística; en Vladimiro á las oficinas del periódico oficial. Los diarios rusos del tiempo merecen una especialísima mencion. Bajo aquella fuerte censura, en la necesidad de ocultar todo pensamiento libre, la nacion callaba, amordazada; pero en cambio el gobierno escribia sin tasa y derramaba torrentes de negra tinta sobre el pueblo como para oscurecer más su conciencia. Cada ministro tenia su periódico, y cada gobierno de provincia lo mismo. Para redactarlos hacíanse levas de escritores, quedándose con aquellos que mostraban tener, si no buen estilo, buena ortografía. Y todo el de-

ber del escritor consistía en seguir ciegamente la consigna oficial.

Apénas llegado del destierro, su padre obligó á Herten á ir á San Petersburgo, donde le reservaba el ministro de la Gobernacion otro empleo en las oficinas de Heráldica. Moscow es la capital de la tradicion rusa, la capital del pensamiento ruso; San Petersburgo es la capital de la burocracia rusa, la capital del Imperio aleman, sobrepuesto al espíritu moscovita, nunca fatigado de reivindicar su antiguo predominio. Por consecuencia, San Petersburgo es la ciudad de los esbirros y de los espías. Sí, espía el mozo de la fonda que enciende la chimenea; espía el peluquero que os mueve á hablar miéntras os peina y adereza el cabello; espía la lavandera; espía el comerciante para quien llevais vuestras cartas de crédito ó vuestras letras de cambio; el espía os sigue, se pega á vuestro cuerpo, á vuestra conciencia, vela invisible vuestro sueño; parece el aire, que os cerca perpétuamente. Como Herten hablára á un pariente suyo de la estatua de Pedro primero, que ante la fonda se alzaba oscura y casi negra sobre la nieve, y recordara el primer grito de libertad lanzado á los piés de tal estatua; una seña expresiva le impuso silencio, recordándole el peligro de tales conversaciones en la residencia del Emperador omnipotente. A los pocos dias, cuando más descuidado estaba, entra un gendarme en su habitacion, le manda seguirle, y tomándole en un trineo, le lleva á presencia del director general de policía, que á boca

de jarro lanzóle la amenaza de un nuevo destierro en Siberia. Pero ¿por qué? pregunta afligido, sin atinar con la causa de este nuevo tormento, horrible para un joven casado y con hijos. "Por haber creído y divulgado la noticia de que un gendarme, un empleado en la policía imperial, robó y mató á un transeunte en las calles de la capital hace tres noches." "Pero si todo el mundo lo cuenta," replicó Herten. "Son noticias ofensivas á la majestad del Emperador y al crédito del gobierno," le dijo el general. Lo peor del caso era que Herten no lo habia contado á nadie en San Petersburgo; lo habia escrito en carta á su padre. Y esta carta le costó humillaciones propias, pesadumbres de familia; destierro larguísimo y aborto de su mujer, herida por la presencia insólita del gendarme y la tardanza en el regreso del marido, á quien creia ya por siempre condenado á las minas de Siberia, pena tan triste como la pena de muerte.

— Pero ¿qué castigo habria para los déspotas, si no tuvieran la conciencia en remordimientos, la vida en zozobra? Ahogan el espíritu humano, arrancan la voz al pensamiento, extienden la soledad sobre la ciencia, apagan la luz de las ideas; no hay partidos en su imperio, no hay controversias en sus academias; todos creen lo que uno sólo cree; todos ruegan públicamente á Dios por el mismo que los oprime y los degrada. El Imperio está en paz porque está en silencio. Pero súbito estalla una conjuracion de palacio, de cuartel, de serrallo. El cortesano, que besaba

de rodillas, temblando, los piés del opresor, saca un puñal y le hiere. La mujer, que se prostituía á sus antojos, y le engañaba en mentidos trasportes, derrama unas cuantas gotas de vino corrosivo en la copa de la orgía, y le envenena. El pretoriano, que blandía su lanza á las puertas del palacio para ahuyentar la cólera del pueblo, vuelve esa lanza contra su señor. y le destrona. Como se ha sobrepuesto á la naturaleza el tirano, véngase de él ruidosamente la naturaleza, Como ha podrido las conciencias, no encuentra en la adversidad una conciencia pura. Los sentimientos más universales y más humanos huyen del corazon de su familia. La mujer le desprecia, el hijo le aborrece, el padre le maldice. En su propio lecho está la conjuracion. Su vida habrá sido vida de poder y de placeres, pero es su muerte, ese nacimiento de las almas grandes, muerte de dolor y de angustia. Estudiando el fin de los déspotas, he visto la inmortalidad del humano sér, la perennidad de la humana vida, porque en su agonía comienza verdaderamente para ellos la justicia.

La historia romana es la fisiología experimental del despotismo. Augusto, que muere en su lecho, muere con sardónica sonrisa en los lábios, con frio escepticismo en el alma, creyendo su imperio una farsa, su vida una comedia, su fin el fin de un histrion. Tiberio espira huyendo del Senado y de su conciencia, en la casa de Lúculo, ahogado bajo las almohadas de su lecho, sin saber á quién irá el anillo con que se había

como desposado con la tierra, oyendo ya anticipadamente las expansiones ruidosas de la alegría causada por la noticia de su muerte en la corte y en el pueblo. Claudio es envenenado por su propia mujer. Neron quisiera conservar la vida, convertirse de César en cantor, pasar del trono al teatro; ya cava una tumba para tomar tiempo, ya conjura á sus compañeros á que se mate alguno para darle ejemplo, ya llora y suplica, hasta que se atraviesa con gran trabajo una espada por la garganta, y muere en la desesperacion y la vengüenza. Galba cae asesinado en las calles, y su cabeza, separada del tronco, rueda por lugares inmundos como una piedra. Otton se suicida. El gloton Vitelio huye entre su carnicero y su cocinero; se refugia en una portería; cae en manos de sus enemigos; niega su nombre, su persona; y es atado por el cuello con larga sogá, conducido entre dicharachos del pueblo y pedrea mezclada con llúvia de fango y escrementos, á las orillas del Tiber, donde á punta-piés le rematan. Si Vespasiano murió erguido, Tito, el primer hijo de Vespasiano, muere de melancolía, en su litera, llorando como débil mujer, creyendo oír el trueno amenazador en el cielo claro, asaltado por obsesiones de infernal terror; y Domiciano, el hijo segundo, muere herido en el bajo vientre por sus domésticos, luchando con una turba de libertos, de pretorianos, de gladiadores, que le insultan, le escupen, le golpean, le atormentan y le acaban entre resuellos de rábia y carcajadas de burla.

Y así han muerto tambien desde hace más de un siglo los déspotas rusos: que la humanidad está sujeta á leyes ineludibles. Pedro III es perseguido por Catalina, su mujer, la Pasifax del Norte, la grosera erótica furia de la sensualidad coronada. Prisionero, los mismos que le prometen libertad le envenenan sigilosamente en animada velada, donde, entre refran y refran, juramento y juramento, maldicion y maldicion, consúmense copas rebosantes de todos los licores. Cuando Pedro siente los primeros efectos del veneno, vuélvese airado contra los asesinos. Conocen estos que no debe perderse tiempo, y le asaltan como á un toro bravo, lo sugetan á pesar de sus hercúleas fuerzas, lo derriban á tierra, cayendo arrastrados por sus estremecimientos y su violencia, hasta que al fin, le hieren con mil heridas en todo el cuerpo y le machacan la cabeza contra el suelo. Al dia siguiente la Emperatriz, desolada, depositaba en magnificentísimo catafalco, el cuerpo de su esposo, vestido con traje de general prusiano. Tienen por costumbre los rusos besar en los lábios el cadáver de sus deudos. Las muchedumbres besan los cadáveres de los Czares. Cuantos besaron los lábios de Pedro III bebieron el veneno, y experimentaron súbitas hinchazones en sus propios lábios: que tan corrosivo era el líquido y tan implacable la amante esposa del Czar. Pablo I murió lo mismo. Sus siervos, sus domésticos, sus cortesanos tiraban de las cintas que debian ahogar aquel salvaje. Alejandro, despues de haber sido de Napo-

leon amigo y enemigo; de haber intentado repartirse con esta toda Europa como un predio; de haber ido desde el incendio de Moscow á las victorias de Paris; estenuado de cuerpo en los vicios, exaltado de alma en las visiones místicas; creyéndose, ya un Mesías, ya un ministro de las venganzas divinas, ó ya un criminal castigado por torcedores de conciencia; viendo que el imperio mayor de la tierra, engarzado en los diamantes del polo y en las turquesas del Mediterraneo; el ganado más numeroso de siervos que conocía la historia moderna, jamás bastaron á satisfacer su ambicion, ni á mitigar la sed de su deseo, encerróse como un eremita en la campiña, y allí murió á la manera de Tito, entre obsesiones y terrores, medio loco, curado contra sí mismo, y de sí mismo maldecido, sin creer en la humanidad y sin esperar en Dios. Y Nicolás, á nuestra misma vista, en cuanto recibió la noticia de sus reveses, en cuanto supo la debilidad de su imperio, á pesar de que el médico de Cámara lo retenía de la brida del caballo para que no saliese á una revista en día frigidísimo y estando enfermo, por ser aquella salida un suicidio, salió desesperado en busca de la muerte. ¿Qué mucho, pues, si aquellos que así mueren, viven temblando hasta de las palabras y de las cartas de sus vasallos? ¿No es cada vasallo una víctima suya? ¿Y no es cada víctima suya un cadáver, sí, un cadáver ambulante, sin conciencia y sin alma, porque no existen allí donde no existe el derecho, un cadáver que exhala nubes de remordi-

mientos, cuyo hedor sube y se condensa en el trono asfixiando á los Césares?

No hay en el mundo sér tan cobarde como un déspota. Y si Alejandro Herten habia escrito á su padre que uno de los representantes de ese déspota asesinaba en las calles y por las noches á los transeuntes, Alejandro Herten merecia implacables castigos, porque revelaba sus tendencias incontrastables á la crítica, que es la revolucion en la conciencia, en el espíritu. Mas sus destierros eran bien singulares destierros. Tratado como el hijo pródigo de una familia monárquica y aristocrática, pasaba de empleo á empleo en sus largas y forzosas correrías por todo el territorio de Rusia. Del ministerio del interior en San Petersburgo iba al consejo de regencia en Nowgorod. Inútilmente una de las más consideradas princesas rusas se interesó por él; Nicolás fué inflexible, y no hubo más remedio que abandonar la corte y partirse para la provincia.

El cargo de consejero de regencia era una especie de ministerio de los gobernadores de provincias. Todas las mañanas debian los consejeros ponerse su uniforme, ceñirse su espada, é ir á la recepcion del jefe, que entraba arrastrando su sable y haciendo reverencias, á firmar las diversas disposiciones del dia anterior, sin tomarse siquiera el trabajo de leerlas, y sin que permitiera á los demás de viva voz comentarlas, no sea que llegaran á imaginarse miembros de Asambleas deliberantes. Herten, que desempeñaba ne-

gociados varios, tenia entre ellos el de inspeccion de policia, y como estaba él sometido á la vigilancia de la policia, quiere decir que estaba sometido á la vigilancia de sí mismo. Todas las semanas llegaba el informe, que sus subordinados solian dejar por deferencia en blanco, y trazaba estas palabras inflexiblemente: "Adscrito al servicio del Emperador."

En este cargo podia prestar y prestó reales beneficios á dos clases de seres igualmente infelices; á los siervos y á los sectarios. Son estos unos campesinos, que disintiendo de la religion griega, de la religion oficial, acuden al desierto por todas partes presente en la inmensa Rusia, para salvar la fé de sus almas, el tesoro de sus creencias. Los sectarios de Nowgorod creian principalmente en la revelacion y en la asistencia de un espíritu puro que se comunicaba estrechamente con su espíritu. Pablo I quiso conocer al anciano que en su tiempo presidia esta tribu. El anciano se presentó, y por ser muestra de respeto en los suyos permanecer cubierto, no se quitó su gorra de pieles. Tomólo á irreverencia el bárbaro Czar, y mandó que le condujeran á Siberia y quemaran la aldea donde se albergaba. Uno de sus ministros se echó, pasados varios dias, á los piés del Emperador y le dijo que no había cumplido ni una ni otra orden, esperando las confirmára el Czar cuando estuviera en mayor calma. No las confirmó, y fué encerrado en un convento, donde edificaba á los monjes moscovitas, en su mayoría glotones y borrachos, con la pureza de sus

costumbres, severas hasta la austeridad, y la abnegacion de su vida, consagrada al bien de todos sus semejantes. Las persecuciones aumentaron los sectarios. Y el jóven republicano pudo favorecer aún á muchos en su cargo de consejero y evitarles grandes molestias.

Más difícil era amparar á los trabajadores del campo, pues para amparar á los trabajadores del campo debia venir con los nobles. Sin embargo, por todos los medios que tenia á su alcance los amparaba. ¿Y qué podia hacer contra la fatalidad de las instituciones? La sierva de un coronel entraba en el comedor con una tetera llena de agua hirviente, y el pequeño del coronel, que salía, tropieza con ella, y se abrasa la mano. ¿Qué castigo inventó el señor á este daño hecho involuntariamente por la sierva? La pena del Talion. Mandó traer un hijo, un niño de doce años que la sierva tenia, y le sumergió la mano en agua hirviente.

El espíritu del jóven demócrata se enardecía á presencia de estos tristísimos ejemplos, que ya en su tiempo, ya en tiempos anteriores, mostraban todos los crímenes del despotismo. Un dia que estando en el palacio del gobernador, se presentó una campesina, castigada por su amo á separarse para siempre del hijo único que la infeliz tenia, y á permanecer de por vida en Siberia, como Alejandro nada pudiera en su bien, presentó la dimision de un cargo que sólo podian ejercer los crueles y lucrar los concusionarios; y se retiró á Moscow bajo la alta inspeccion de la policia.

En Nowgorod su vida era tristísima. Algunas veces la hipocondría le aquejaba en términos que entristecía á cuantos le rodeaban. Natalia era naturalmente la más triste. Quisiera la mujer, naturaleza principalmente afectiva, reducir toda la existencia de sus amantes, de sus esposos, al sentimiento; encerrarlos en el fondo del corazon; y convertir el amor en la única tierra, en el único cielo del sér amado. Como á ellas ¡tan buenas! les basta para toda felicidad con la felicidad del hogar doméstico, creen posible abreviar así, compendiar así la vida más dilatada y expansiva y multiforme del hombre. Sér que existe fuera de su sér, en el nido de otro corazon, y al calor vivísimo del sentimiento, necesitando más que la luz del sol, la luz de unos ojos queridos, y mas que el aire de la atmósfera, el suspiro y el aliento del amor, la mujer no comprenderá que haya para el hombre otro mundo que el mundo del hogar, ni otro cuidado que el cuidado de la familia, ni otra vida que la vida de los afectos, de los recuerdos, de las esperanzas, para ella esenciales á su existencia. Es un sér amante, y por lo mismo, un sér celoso. Quisiera que sus éxtasis se comunicáran al hombre á quien ama con ese sublime egoismo sin el cual cree siempre vano y mentido el amor. Por eso, cuando vé que la política, que la ciencia absorben mucho la vida del hombre, se imagina la mujer que la política y la ciencia toman formas plásticas, y son rivales hermosas que arrebatan el cariño por ellas exclusivamente exigido como un

culto intolerante, único, á la divinidad de su amor. Natalia era una mujer de sobresaliente mérito. Había trocado un palacio por un destierro, y una rica herencia por un amor exaltado. Su afeccion hacía Alejandro era tan grande, que perdió en sus brazos y en el comercio continuo con sus ideas, la religion aprendida en la cuna, observada en el hogar. Así descolgó el bizantino altarcito lleno de santos griegos, apagó las lámparas que ante estos altarcitos ardian, extinguió la oracion en sus lábios, la antigua fé en el pecho, y abrazando las ideas filosóficas de su esposo, trocó toda aquella poesía, todas aquellas leyendas, perfumadas de incienso, embellecidas por la historia, acompañadas de solemnes cánticos, nacidas entre la liturgia griega, y adoradas por siglos de siglos, trocólas todas por las rudas fórmulas de la hegeliana ciencia de su esposo. Hé ahí la mujer. Entrega á su amante corazon y conciencia, fé y esperanza; y sin él no quiere el cielo, y con él cree que hallará la felicidad hasta en el infierno. Llevada de esta exaltacion, quejábase Natalia de que Alejandro se entristeciera en Nowgorod, cuando en Nowgorod estaba ella, sí, ella que sólo vivirá para Alejandro, en cuyo amor habían desaparecido hasta su religion y sus creencias.

Bien es verdad que las costumbres del clero cismático-griego eran poco idóneas para mantener la fé en las almas puras. Herten cuenta en sus memorias la muerte de un doméstico suyo, Matvei, el compañero de destierro, ahogado en el estanque de una de sus

posiciones del centro de Rusia. Padre Juan se llamaba el sacerdote ó cura de aquella localidad. Cuando el cuerpo estaba yerto, en su presencia, y en medio de las ceremonias religiosas para recogerlo, y de los procedimientos para testificar su fin, ya pedia el padre Juan algo que comer, y sobre todo, que beber. En el momento de salir con el cadáver salmodiando los versículos del ritual, interrumpia el cántico para preguntar si serian abundantes las agapas, las cenas de los funerales. Tenia por hábito emborracharse en todas las festividades religiosas hasta caer desplomado sobre el suelo. Cogíanlo entónces como un fardo los campesinos, arrojábanlo en su carro, dejaban la rienda sobre el lomo al mulo, y este animal, más inteligente y ménos vicioso que el ungido del Señor, le llevaba por instinto, y sin necesidad alguna de guias ni carreteros, á su casa. Por regla general, su esposa se encontraba en el mismo estado de beatitud alcohólica que el buen sacerdote. Sólo habia firme en aquella familia la hija única de tan santo matrimonio, que se echaba entre pecho y espalda enorme taza de aguardiente ó de rom, y su cabeza permanecía grave, serena, sólida como si la hubieran fabricado en piedra. La embriaguez no era el vicio único de su santo padre; aquejábale tambien desapoderada codicia de los ajenos bienes. Y cuenta Hertzen que llegó en su desenfreno hasta robar el reloj á su mismo sacristan. La inmoralidad de su vida no se compensaba con la pucidez de su inteligencia, porque desconocía el grie-

go, el latín, y á duras penas murmuraba entre dientes ininteligibles oraciones. Así molestaba frecuentemente á los crédulos campesinos, asegurándoles que no valían ni un sorbo de aguardiente las oraciones que él rezaba y las misas que él decía. Admiraremos, pues, al clero de los rusos.

Alejandro Herten pasó después de 1840 á Moscow, donde por muerte de su padre, recibió una rica herencia, y de Moscow á San Petersburgo en 1845, en donde necesitó mover todas sus relaciones para conseguir un pasaporte al extranjero. Cuando dejó aquella Rusia, con su Emperador absoluto en la cima, con sus manadas de siervos en la base; con su clero desmoralizado é intolerante; con su ejército á servicio de todo despotismo; con su policía, que cела desde el hogar y la alcoba hasta el recorte de las patillas y de las barbas; con sus universidades montadas como un cuartel y dirigidas por generales; con sus naciones degolladas y palpitantes; con sus varias razas encorvadas bajo el látigo, Herten respiró, y sintió avivarse, crecer su sentido revolucionario, contemplando el pensamiento brillar en las conciencias como centella de vida, y la palabra fluir serena de los lábios sin mordazas; y la prensa brotar, como un árbol que diariamente se renovára, hojas cargadas de ideas; y las universidades discutir todos los varios sistemas que forman la trama de la ciencia; y tronar desde la tribuna, esa elevadísima montaña moral, en discursos admirables, las nobles aspiraciones de los pueblos; y encres-

parse las muchedumbres en los comicios para prestar más fuerzas é impulsar con más soberano impulso la civilizacion á sus fines naturales, á realizar la justicia; maravilloso espectáculo, en cuyo goce no se cansaba nunca, apareciendo á sus ojos la existencia pasada en la servidumbre, en el silencio, en los destierros, en las persecuciones de la policía, en la esclavitud de la vida y del pensamiento, como un sueño de muerte en el fondo de un podrido sepulcro.

Entónces sintió Hertzen una grande pasion por la propaganda revolucionaria en su pátria. Creia él que, no obstante la ortodoxia estrecha de la Iglesia rusa, y el despotismo semi-mongol, semi-aleman de la corte, en la raza cosaca habia aún rasgos de independencia, cualidades individualistas, espíritu personal y propio, facultades brillantísimas, que la hacian capaz de un régimen tan liberal como el régimen de los pueblos americanos. Para Hertzen los cosacos eran una especie de sajones continentales, inquietos, batalladores, nómadas, sintiendo siempre una voz que les decia libertad y que les empujaba adelante, como si tuvieran que destruir algun viejo imperio y que levantar alguna nueva sociedad. Y si esto eran los cosacos á sus ojos, los eslavos eran algo más, eran por el génio municipal, por la propiedad colectiva, por la comunidad de los instrumentos del trabajo, por la mezcla de la independencia más individualista con el espíritu más social, cualidades exclusivas de su privilegiada naturaleza, el pueblo apercebido á fundar en nuevas bases

de solidaridad y de armonía la vida económica de las modernas democracias.

En su sentir, lo que este pueblo necesitaba era una voz que lo despertase, un clarín que, resonando en su oído, lo llamara á vivir y á luchar en la sociedad por el derecho. Después de haber asistido al nacimiento y á la muerte de la revolución de febrero en París, Alejandro Herten se retiró á Londres, y allí emprendió la publicación de un periódico en ruso y en francés, que se llamaba la *Campana*. A tan larga distancia, un periódico ruso parece que debía interesar poco á un Emperador elevado sobre tan alto trono. Pues no era así. Caíale en las manos la maldita hoja como si le lloviera del cielo. Encontrábala en su jardín, en su palacio, en su alcoba; diríase que la arrastraban hasta allí las ráfagas del viento. Nicolás sentía la publicación de aquella hoja, que denunciaba todas las brutalidades de su gobierno, por los reyes y pueblos extranjeros, por la emigración rusa que vagaba en Europa, por los mismos pueblos rusos á cuyos oídos pudiera llegar aquella palabra creadora de nuevas almas. Cuando Herten pidió por primera vez á Nicolás su pasaporte, puso el Emperador al margen de su puño y letra en lápiz: "demasiado pronto." El influjo poderoso de la princesa Olga Alexandrowna, suegra de Orlof, querida un tiempo de Jorge IV de Inglaterra y directora de la conjuración que asesinó al Emperador Pablo I, alcanzó el pasaporte. ¡Cómo sentiría Nicolás haberle dejado escapar de esa suerte, para que lle-

vára á conocimiento de las extrañas naciones los gérmenes revolucionarios depositados por la naturaleza y por la historia en el seno de Rusia! Intimóle que volviera, y naturalmente se negó Hertzen á volver. Entónces le confiscó todos los bienes que tenia en Rusia. Los golpes de Hertzen redoblaban á medida que crecia la ira de Nicolás. El Emperador debió creer lo que creia Felipe II, debió creer en su dominio eminente sobre la vida, y áun el alma de sus vasallos, como Czar y como Papa. Cuentan de Felipe II que cuando tenia escrúpulo en mandar un asesinato, lo calmaba con el pensamiento de que la vida de los vasallos pertenece á sus reyes. Lo cierto es, que en virtud de un razonamiento análogo, mandó Nicolás algunos esbirros á Lóndres contra el escritor revolucionario, con más aire de asesinos que de jueces. Las ideas nuevas, á pesar de la férrea mano que pesaba sobre las conciencias en Rusia, habíanse extendido hasta crear otra policía secreta de la libertad frente á frente de la policía secreta del Imperio. Hertzen sabia que los esbirros imperiales, so color de amigos, le cercaban hasta en Lóndres. Cierta vez convidó á beber en una taberna á uno de ellos, y cuando más dado se hallaba á las elucubraciones revolucionarias inspiradas por la necesidad de encubrir su ministerio, sacóle Hertzen su retrato fotográfico, hecho en San Petersburgo, y á cuyo pié se leían estas palabras: "esbirro de Nicolás." Imaginaos cuál seria el asombro del pobre diablo. A la muerte de Nicolás, á la subi-



da del nuevo Czar, las persecuciones se mitigaron; pero tambien se mitigó la oposicion de Herten. La ley de emancipacion de los siervos cautivó su alma y engendró en ella nuevas apocalípticas esperanzas sobre el grandioso ministerio de la raza eslava en el mundo moderno. Así, de Lóndres trasladó su periódico á Ginebra.

En su retiro de Suiza difundia las ideas revolucionarias, con las ideas revolucionarias las esperanzas de una renovacion verdadera en su raza, y por medio del ejemplo de su raza, en toda Europa. Embargado en estas gravísimas ocupaciones, sobrevino el Congreso político de Ginebra, que se llamó Congreso de la paz y fué Congreso de la República. Representantes revolucionarios de todos los pueblos se juntaron en aquella Asamblea. Uno de los primeros invitados al Concilio de los nuevos dogmas fué el escritor ruso que tanto ha trabajado por la difusion de estos dogmas en estepas desiertas y en razas primitivas. No obstante su carácter revolucionario, escusóse Herten de asistir al Congreso revolucionario, y escusóse por la cuestion rusa, creyendo que los demócratas occidentales jamás serían justos con su nacion y con las esperanzas que su nacion, desconocida generalmente, guarda en sus entrañas. No se engañaba. Sus pretensiones originales de renovacion por los municipios esclavos y la sangre cosaca, demasiado pretensiosas, iban á suscitar grande oposicion, á lo ménos grande extrañeza, en los revolucionarios de Occidente. Un emigrado aleman lle-

vó al seno del Congreso vehementísimo discurso contra los esclavos en general y contra Rusia en particular. Criticaba acerbamente su Papa, cosaco, mitrado y á caballo, con el sable al cinto y la cruz en la mano; su religion, enemiga del respeto á toda otra creencia y basada en ortodoxia soberbia; sus manadas de pueblos, hambrientos y helados, acariciando la esperanza de festin continuo en las tierras de calor benéfico; sus pretensiones históricas á representar en el seno de tosca barbárie, ya corrupta, el antiguo y puro ingenio griego; sus hordas de escitas, medio-bestias, medio-hombres, mandadas por germanos renegados y amenazadoras á la civilizacion occidental; sus generales-ogros, archi-asiáticos, adiestrados en el desierto á preparar nuevas invasiones de mongoles, tártaros y kamulcos; sus folletistas mesiánicos, educados y crecidos bajo el látigo de la policía, imitadores serviles de la cultura occidental en la forma, y enemigos de esta cultura en el fondo, que presentan por toda esperanza las bárbaras instituciones ruso-eslavas manchadas con la corrosiva gangrena del primitivo y brutal comunismo.

Como se vé, Hertzen habia temido con fundamento á los demócratas occidentales. El discurso no llegó á leerse, porque las inculpaciones á un pueblo sublevaban á todos los pueblos y producian universales protestas. Impreso más tarde en Bruselas, y difundido con verdadera profusion, escrito en estilo esmaltado de imágenes deslumbradoras y lleno de esas salidas de tono tan naturales al humor germánico, el discurso

de Borkheim alcanzó éxito en los extrañados y aún resentidos de que un pueblo puesto en el tormento de la servidumbre, y encerrado bajo el cetro de los autócratas, no sólo desdeñara ser redimido, sino pretendiera ser Mesías y Redentor.

Hertzen hablaba con cierto menosprecio de los occidentales. Encontraba en todos señales de la precaria posición que la generalidad de los escritores tiene en nuestras regiones; y los creía dotados de facultades brillantes, pero singulares, careciendo de las universales aptitudes por él descubiertas en su raza, en la raza eslava. No obstante el encendido entusiasmo que tenía por la raza eslava, no participaba de las ideas de los panslavistas. Para estos era necesario combatir la cultura alemana traída por la casa reinante; cerrar el período iniciado en San Petersburgo y contrario al antiguo espíritu ruso; levantar la vida nacional, con su autocracia pura y su iglesia bizantina, desligándola del germanismo en mal hora importado por Pedro I al seno de un pueblo íntegro en su originalidad y puro en sus costumbres. Hertzen creía también que Rusia guardaba elementos generales de civilización y progreso. La naturaleza individualista y social de los cosacos; la propia personalidad sentida en ellos con vigor y la sociedad amada por ellos con pasión; la aldea patriarcal; el artel ó asociación de trabajadores donde cada uno laboraba para todos y todos para cada uno; la vida común agrícola; la reunión de los campesinos en asamblea; la reunión

de las asambleas en cantones que á sí mismos se gobiernan: todo esto fecundado por el espíritu moderno, por este espíritu de libertad y de igualdad, producto de tantos siglos, de elaboracion espiritual, podia ser como el apocalipsis de una nueva era en la historia. Para Hertzen, los esclavos, de génio inquieto y bullicioso, de voluntad emprendedora y audaz; sensibles y fantaseadores al par de fuertes y valerosos; faltos de espontaneidad y sobrados de espíritu asimilador; comunicativos sin desnaturalizarse nunca, y originales sin perder el génio universal humano, vienen á ser de todos los pueblos europeos el más apto para pasar del antiguo régimen autocrático al nuevo régimen federal y para resolver, sin sacrificar el individuo á la sociedad, ni la sociedad al individuo, todos los problemas sociales.

¿No hay en estas originales aspiraciones alguna ilusion? Trazaba tales ideas el publicista ruso en tiempos del Imperio francés. Aquel eclipse de la conciencia humana le parecia eterna noche. Los pueblos de la revolucion, tras sus maravillosas cruzadas por la libertad, dormíanse brutalmente á los piés del despotismo. Volvian como verdaderos espectros aquellos tiempos últimos de la sociedad antigua, en que alzaban los ciudadanos altares y consagraban votos y ofrendas al César que los libertaba del paso abrumador de sus derechos. En tanta degradacion, los pueblos, embrutecidos y viciados, se preguntaban unos á otros, cuando á la libertad los querian despertar:

¿qué es libertad? Y algo análogo habíamos visto en la civilización occidental, por aquellos días en que Herten trazaba sus libros. Y así como la monarquía de los Ptolomeos y de los Augustos inspiraba la égloga, voz verdadera de la naturaleza, en medio de las arbitrarias combinaciones del despotismo; así como la tiranía de los Césares obligaba al historiador Tácito á trazar el retrato de los germanos, independientes en sus selvas, y desligados casi de la sociedad para mejor conservar sus libertades individuales, ese bien robado por una eterna dictadura y perdido por una incurable debilidad, cuando todos nos quejábamos del despotismo militar triunfante en el corazón de Europa, era como un consuelo, como una esperanza refrigerar y levantar el alma desmayada y sedienta de fé, en la vida pura de los campos, con sus razas patriarcales y nómadas, gozando en medio de todas las privaciones el inapreciable tesoro de su libertad.

Pero convengamos en que esas costumbres patriarcales, esa vida común, ese trabajo solidario, esa ausencia de toda autonomía individual, no es sólo propiedad de los cosacos diseminados en el Imperio ruso, es propiedad también de todas las razas primitivas, de todas las sociedades en inocente infancia, de todos los pueblos nómadas, de todas esas antiguas y apartadas épocas, esa confusión completa entre el hombre y la naturaleza, en que está pegada el alma á la tierra como el feto al vientre de la madre. Necesitaríase caer muy bajo para que pueblos como los pueblos

helemolatinos, que han elaborado la estética de la humanidad, que han producido el derecho civil, que han divinizado el espíritu humano con su idea del verbo, que han educado las razas nómadas en la religion y en la disciplina social, que han traído al mundo moderno la gran cultura del espíritu contenida en el Renacimiento, y á la sociedad moderna los principios universales de la justicia contenidos en la revolucion francesa, fueran á tomar como ideal estudios sociales por los que pasaron allá en tiempos casi fabulosos las tribus aborígenes en su larga historia.

Y lo que yo digo de la raza heleno-latina, digo tambien de esas razas germánicas que han fundado la libertad individual en sus municipios, que han producido la conciencia moderna en la Reforma, que han educado los puritanos, los apóstoles y los mártires de la democracia, que han dado al mundo el jurado y el Parlamento de Inglaterra, la federacion y la República de América, que han iluminado la conciencia moderna con ideas filosóficas; trabajos que acusarian de estériles; actividad individual que acusarian de infecunda, si dentro de esta larga série de ideas no existiese la idea social llamada á redimir al cuarto estado de su servidumbre económica, sin detrimento alguno de los derechos fundamentales humanos á que debemos la posesion de nuestro sér y la plenitud de nuestra vida.

En filosofía Herten pertenece á la extrema izquierda hegeliana. La naturaleza por todo sér, la vi-

da presente por toda vida, el movimiento de las ideas por todo ideal: hé ahí su ciencia. No busqueis en ella ningún principio inmóvil, absoluto. Es una continúa procesion de sombras, que van y vuelven, como la danza macalva de nuestras catedrales en la Edad Media.

Cuando contemplo estos sistemas científicos, la vida en ellos me parece un río sin fuente y sin desagüe, rodando eternamente sus ondas por indeterminado cáuce. Y el mundo de lo porvenir necesita un ideal. Y no puede haber ideal si no hay ideas. Y no puede haber ideas sino en lo incondicional, en lo absoluto. Yo nunca he creído que para destronar á los reyes de la tierra sea necesario destruir la idea de Dios en la conciencia, ni la esperanza de la inmortalidad en el alma. He creído todo lo contrario, he creído que las almas, desprovistas de estos grandes principios, caen yertas en el lodo de la tierra y allí las pisotean hasta las bestias. Dadle al hombre una gran idea de sí, decidle que lleva á Dios en su conciencia, la inmortalidad en su vida, y le vereis alzarse, por el sentimiento de su dignidad fortalecido, á reclamar aquellos derechos que aseguran la nobilísima independencía de su sér en la sociedad y en la naturaleza.

Alejandro Herten se habia propuesto conmover al mundo ruso con las ideas más extremas del mundo occidental, y conmover al mundo occidental con paradojas ingeniosísimas sobre el mundo ruso. A su naturalismo en filosofía, y á su socialismo en política,

unía un claro conocimiento de las ciencias naturales, y un brillante estudio de las literaturas modernas. Brilla como escritor en la variedad de tonos, en la nitidez de dicción, en los contrastes felices, en la maravillosa flexibilidad de la palabra, en la aptitud para poner lo grotesco junto á lo sublime, sin que resulte un gran desentono, porque conoce los delicados matices de las ideas y las varias gradaciones del estilo. Si frecuentemente extrema las ideas, no hay que extrañarlo. El inglés, el americano, el suizo, como viven siempre en la realidad de la política, conocen sus aspiraciones, y no se proponen destruirlas con leyendas y ensueños, sino con prácticas y positivas reformas. Los pueblos presos llenan sus calabozos de leyendas. Dice el mismo Herten que el eslavo se parece al árabe en que se deja mecer muchas veces en alas de sus cánticos. El ostenta las cualidades de su raza; tambien se mece en ilusiones y ensueños. Poeta, era naturalista, filósofo; y después de haberlo sacrificado todo por la política, nada político en el sentido real de la palabra. Mas de todos modos, él ha revelado la unidad del espíritu moderno, revelando que hasta en el seno de aquella Rusia, parecida á inmenso desierto de ideas, brotaban bajo su iglesia bizantina, su autocracia alemana, su nobleza moscovita, su ejército de cosacos y de tártaros y su burocracia de máquinas, las incontrastables aspiraciones á la libertad universal.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS.

Biografías imparciales

de la Reina Victoria, Amadeo I, Emperador de Alemania, Bismark, Prim, Antonelli, Rivero, Napoleon III, Figueras, Victor Manuel, Nocedal, Victor Hugo, Espartero, Favre, Grant, Gambeta, Manin, Pí y Margall, Juárez, Garibaldi, Russell, Gorschacoff, Menabrea, Melgarejo, Mosquera, Lordo de Tejada, Ríos Rosas, Flores, Guzmán Blanco, Dumas, Gonzalez Bravo, Saldaña, Molke, Blich, Monroy, Porfirio Diaz, Gladstone, Baez, Thiers,

y otros no menos célebres.

Un tomo al mes.

PROSPECTO.

Octubre de 1871.

La obra cuya publicación anunciamos, es de aquellas que no necesitan grandes elogios, ni un extenso análisis; basta su título para comprender su interés, así como el nombre de su autor es más que suficiente garantía para todos.

Por la índole misma de este trabajo, adivinarán nuestros lectores que el Sr. Castelar hace justicia á todos, y que no cuadrándole por lo tanto el papel de severo historiador, sino el de narrador ameno é instructivo, huirá por completo de entrar en el terreno de la política palpitante. Véase si nó como se expresa en el prólogo:

“Propóngome, dice, ántes que todo ser imparcial y desprenderme de las preocupaciones de partido y de escuela, para no atender más que á los hechos y, presentándolos en su verdad, dejar á ellos mismos su enseñanza providencial y al lector sus juicios y sus ideas.”

CONDICIONES.

Esta obra se publica por tomos en 8.^o menor, que es el tamaño más cómodo para poder llevarse en el bolsillo, repartiéndose uno mensualmente. Constan de 60 á 100 páginas de inmejorable impresion, tipos nuevos y buen papel. Contendrá cada tomo una, dos ó tres *semblanzas*, segun lo permita la extension de cada biografía, y un magnífico retrato grabado en acero por uno de los primeros artistas de Nueva-York. Van publicados diez tomos que contienen las siguientes *semblanzas*: Favre y Bismark, Thiers y Dumas, E. Girardin y D. Manin, V. Hugo y E. Figueras, Prim y Monroy, L. Gambetta y Delfina Gay, Rossini y Herten.—El undécimo, correspondiente á Noviembre de 1871 contendrá las de

EL OBISPO DE ORLEANS, DOCTOR VERON,
MARQUESA DE ORVAULT Y MAZZINI.

PRECIOS.

50 cts.	60 cts.	62½ cts.
En la Habana.	Interior de la Isla.	En el Extranjero.

El que adelante el importe de un año, ó sea 12 tomos, sólo pagará \$ 5, \$ 6-37 y \$ 8 respectivamente. El porte ó conduccion será de cuenta de esta Empresa. Los tomos, que son independientes unos de los otros, están encuadernados á la rústica, con una elegante cubierta de color. A los agentes se les hará una gran rebaja, segun la importancia del pedido, que deberá dirigirse con sobre á La Propaganda Literaria, O'Reilly 54.—HABANA.